

BIBLIOTECA SELECTA
PARA LOS NIÑOS



HISTORIA
DE UN
BORRIGO AFRICANO



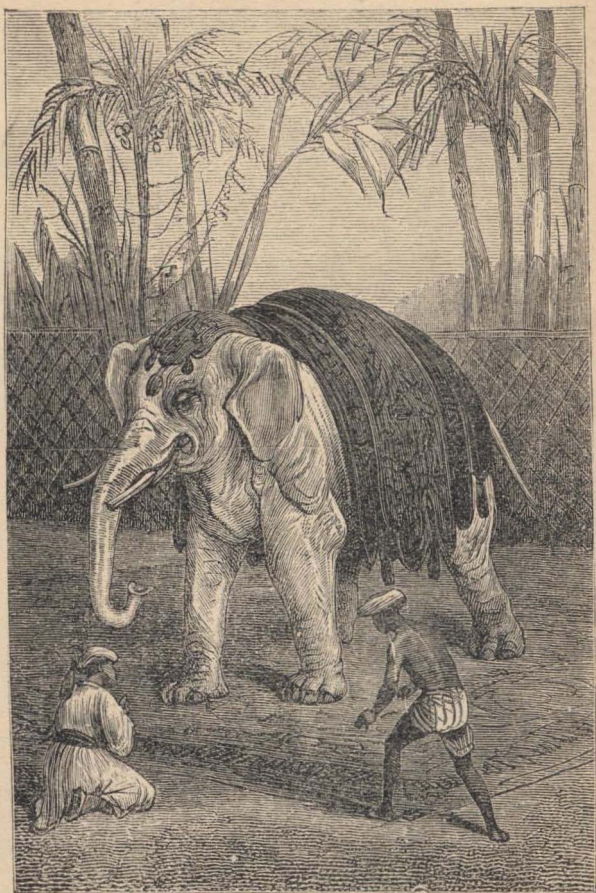
CASA EDITORIAL
GARNIER HERMANOS
PARIS

HISTORIA

DE UN

BORRICO AFRICANO

TIP. GARNIER (CHARTRES). — 152-12-11.





Todos, á porfia, le hicieron el mejor recibimiento (pág. 9).

HISTORIA

DE UN

BORRICO AFRICANO

I

En una risueña casa de campo situada no lejos de una pequeña ciudad de la Provenza, vivía una buena anciana, cuyos nietos la querían con delirio.

HISTORIA

DE UN

BORRICO AFRICANO

HISTORIAS DE DOS BARCOS DE PAPEL
DE UN PAPAGAYO; DE UN ROSAL, UN LAGARTO
Y UNA MARIPOSA, ETC.

POR

CAMILLE HERVEY

TRADUCCIÓN DE D. G. AGUADO DE LÓZAR



PARÍS

CASA EDITORIAL DE GARNIER HERMANOS

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

Habiéndose visto obligados los padres de estos niños á ausentarse de Francia durante algún tiempo, los habían dejado al cuidado de la abuela, la cual, no por colmarlos de caricias y agasajos, dejaba por eso de darles una buena educación, arreglando así los trabajos en que, según su edad, debían ocuparse, como los juegos y diversiones con que debían distraerse; y todo con la mayor solicitud y cariño.

Sus nietos la querían entrañablemente, y no deseaban más que complacerla; á pesar de eso, la abuelita no se mostraba algunas veces muy contenta. Esto no era porque los dos más pequeños, que eran unos niños preciosos de cinco y de seis años, la causasen ningún disgusto; al contrario, puesto que hacían cuanto les mandaban y su edad les permitía hacer, para contentar á su abuelita; sino que el mayor, el señorito José, aunque hubiese cumplido ya sus once años, no se portaba algunas veces como era debido.

José, á semejanza de muchos meridionales y de no pocos habitantes del Norte, era descuidado é indolente. Cuando se trataba del trabajo no le gustaba hacer más que aquellas cosas que se hacen ellas solas, las cuales son muy raras, como todos saben: y hasta no le gustaban los placeres y diversiones para los que tuviese que hacer el menor esfuerzo.

Siendo muy alto y muy robusto, no meneaba sus brazos sino cuando le obligaban á ello; y si le hubieran dejado, habría pasado los días enteros recostado en un sillón, ó echado sobre la hierba, leyendo, ó cantando, ó pensando en las musarañas, bostezando, estirando sus miembros como un perezoso; ó bien gandleando por la campiña con las manos metidas en los

bolsillos, y hablando mil paparruchas y tonterías con cuantas aldeanas encontraba. Ni con ruegos, ni con reflexiones, ni con reprensiones, ni con promesas se podía obtener de este holgazán é indolente el que se aplicase un poco más al estudio; de modo que el maestro que venía á darle lección estaba muy desanimado y descontento, porque veía que toda la pena que se tomase con un discípulo de aquella naturaleza, era un tiempo perdido, y que nunca se llegaría á sacar de él ningún partido; y la buena de la abuelita escribía á su padre las cartas más desconsoladoras sobre esta materia.

Un día hubo en la casa una gran conmoción, una gran fiesta.

El padre de los tres nietecitos enviaba á sus hijos, desde Argel, en donde estaba entonces, un borriquito de África.

El animal apenas era más alto que un carnero, y este borriquito tan enano y tan bonito tenía unas piernecitas muy delgadas como las de un ciervo, un pelaje de color ceniciento y negro, unas formas delicadas, una cabeza muy bien cortada con unos ojos vivarachos y al mismo tiempo tiernos, y sus orejas, para ser de burro, no eran grandes en extremo.

Todos á porfía le hicieron el mejor recibimiento, y le acariciaron de mil maneras.

Los dos pequeñuelos quisieron montarse sobre él, uno después de otro; y José, en su calidad de hermano mayor, se apoderó del borriquito, se montó sobre él y se fué á hacer el majo delante de la abuelita que estaba sentada á la entrada de la casa en el umbral de la puerta. La buena mujer al ver á su nieto cabalgar en

el pollino, ajustó bien sus espejuelos, puso sobre su regazo la carta que estaba leyendo, y miró con afable sonrisa al pequeño jinete.

— José, le dijo, ese borriquito es para ti más particularmente, y tú serás el que lo montes, porque tus hermanitos son todavía muy pequeños : tú serás el que le cuidarás, le limpiarás, le darás de comer, y el que tendrá cuidado de sus jaeces y aparejo. Así lo manda á decir tu papá expresamente.

— Eso por supuesto, abuelita, le contestó José, dándose importancia y dirigiendo una mirada petulante y vanidosa á sus dos hermanitos que no se cansaban de mirar el borriquito. Y haciéndole dar unas cuantas vueltas, se fué corriendo con él á la cuadra.

II

Tenía verdaderos motivos José para estar ufano de verse dueño del animalito recién venido de África que se llamaba Bou-Maza; porque el tal borriquito, no sólo era muy dócil y fácil de manejar, sino muy buen corredor, y, sobre todo, muy inteligente. Nunca se había visto en el país un borrico semejante. Se conocía que el animalito había heredado de sus antepasados tan célebres en África, un conjunto de dotes naturales muy brillantes; y que, además, había sido su maestro un árabe que ganaba su vida haciendo ver todas las habilidades que le había enseñado por medios más ó

menos cariñosos, y que el inteligente animal había aprendido. De modo que el pequeño rucio era un portentoso.

No había zanja, ni barrera que no saltase como un corzo, ó como un caballo del circo ó de las carreras : daba la pata cuando se la pedían, bailaba llevando al compás, sabía saludar con la cabeza, hacer el muerto, bebía vino por una botella, sabía distinguir las monedas de plata de las de cobre, indicaba la hora que era ; sabía jugar al dominó, distinguir las niñas bonitas de las feas, y poseía, en fin, todas cuantas habilidades puede poseer el animal más sabio é inteligente de esos que se están viendo todos los días en los teatros, en los circos y en las casas de fieras.

Además de esto, Bou-Maza era muy sobrio, muy dócil y estaba siempre dispuesto á prestar sus servicios, lo cual hacía presumir que el amo ó maestro que había tenido no había sido muy cariñoso con él, sino muy exigente, y que no le había permitido tener ningún capricho. Así fué que el animalito creyó encontrarse en su nueva residencia, en un paraíso terrenal. Ya no le daban palos, ni latigazos ; no le hacían correr hasta perder aliento con un sol de fuego y un polvo abrasador y sofocante : ya no le daban un pienso escaso que se lo hacían desear largo tiempo ; no tenía que pasar las noches al raso y á la intemperie ; sino que en vez de todo esto, recibía un buen trato, le mimaban, le daban á comer algunas golosinas, y se veía hecho objeto de la benevolencia general.

Los tres hermanos iban á divertirse con él en las horas de sus recreaciones, los pequeñitos le traían terrones de azúcar, y partían con él los pastelillos, le

acariciaban y le decían palabras cariñosas que el animalito comprendía, y José se divertía haciéndole hacer algunas de su habilidades. Contentísimo con el carácter dócil de su borriquito, experimentada un verdadero placer en ocuparse de él, en cuidarle, en montar á caballo y en pasearse para hacer ver que él era su amo. Hubiera querido mejor no tener más que hacer que montarle, sin verse obligado á tener que aparejarle y ensillarle, darle de beber, ponerle las trabas, cuidarle, en fin, como lo exigía su padre; pero el placer que encontraba, aun á costa de esas pequeñas sujeciones, le parecía mayor que el trabajo que éstas le costaban. Los que conocían su indolencia natural, estaban admirados de ver el esmero y la puntualidad con que cuidaba su asno, y su abuelita le felicitó más de una vez por ello, manifestándole la satisfacción que su conducta le causaba.

III

« Todo lo que es nuevo es bello », dice un proverbio que siempre es verdadero.

Al cabo de un mes de la llegada de Bou-Maza, empezó á disminuir y á enfriarse el entusiasmo y la admiración de los niños. Los pequeñitos eran excusables, porque es sabido, y es muy natural que unos niños de cinco y seis años no tengan la constancia necesaria

para ocuparse siempre y continuamente de una misma cosa. Los niños son como las mariposas que no se posan sobre cada flor más que un instante, y así se les ve no fijarse en nada, dejando un juguete que los ha entusiasmado hace un momento, para ir á divertirse con otro. Luego, no eran los niños los dueños de Bou-Maza y, por consiguiente, podían muy bien ir á divertirse con otra cosa, ó á otra parte.

En cuanto á José empezaba ya á fastidiarse, porque le parecía muy cansado ver siempre las mismas habilidades; y los paseos que daba en su borriquito empezaban también á parecerle insípidos, fatigosos, y sin atractivo.

Luego, en las alquerías, y en los pueblecillos de las inmediaciones, no admiraban ya tanto ni se entusiasmaban como en los primeros días, con el pollino africano, ni hacían gran caso de él ni del que lo montaba, y José encontraba pesado y trabajoso el tener que limpiar, dar de comer y beber al pobre Bou-Maza todos los días. Y sucedía que como desfogaba su mal humor con el pobre animal, éste que se había acostumbrado á ser tratado con cariño, manifestaba también su extrañeza de verse ahora tratado de distinta manera, con no menos rudeza; de modo que las buenas relaciones que habían existido hasta entonces entre él y su amo, en vez de estrecharse y mejorarse, se empeoraban de día en día.

Uno de los días en que José cabalgaba en su borriquito, iba tan distraído que, al dar Bou-Maza un ligero tropezón, perdió el equilibrio y cayó rodando al suelo.

— « ¡ Puff !, exclamó, maltratando al pobre animal : ¡ vaya un bonito regalo que me ha hecho mi padre ! De

buena gana enviaría yo á los diablos este pícaro borrico. »

La abuela se veía obligada á advertirle que fuese á dar de comer ó beber al pollino, y entonces iba regañando entre dientes á la cuadra, le echaba el pienso sin limpiarlo, le ensillaba de mala manera dándole empujones y patadas, y si al fin lo montaba era sólo para dar un paseillo á muy corta distancia; y cuando le volvía á dejar en la cuadra, ni le limpiaba el polvo ni el sudor que ensuciaban su pelaje.

Todo el mundo sabe que cuanto menos trabaja un animal tanto más vicioso se hace. Así sucedía que el genio del borriquillo africano iba cambiándose según y conforme José le dejaba en la cuadra sin hacer nada; y hasta llegó á hacerse tan vicioso y malo que José, de buena gana, no hubiera vuelto á ocuparse más de él y le habría dejado morir de hambre en la cuadra, si no se viera obligado á cuidarle por las repetidas recomendaciones que le hacía su padre en las cartas que escribía, y por las advertencias de su abuela.

No atreviéndose á desobedecer abiertamente, se aprovechaba del primer pretexto que se le presentaba para no salir á dar un paseo con Bou-Maza. Unas veces se excusaba con el maestral, ese viento del Norte que suele reinar á menudo en las costas del Mediterráneo, y cuyas borrascas no tienen nada de agradable; pero como están tan familiarizadas con él las gentes del país, casi ningún provenzal deja por eso de salir de casa para trabajar ó arreglar sus negocios; pero cuando aquel viento reinaba, José decía terminantemente que ese día no saldría para dar su paseo acostumbrado con el borriquito.

Para hacer muchas cosas no se necesita más que empezarlas. Este primer paso dado por José en el camino de la pereza, fué seguido por otros muchos, al principio raros y dados con timidez, y apoyados con pretextos más ó menos plausibles; luego más frecuentes, y con menos reparos.

— ¡Bah!, se decía, Bou-Maza no se morirá porque se quede un día más ó menos en la cuadra.

Pero no tardó mucho en llegar un tiempo en que el pollino africano pasaba semanas enteras sin ver el campo.

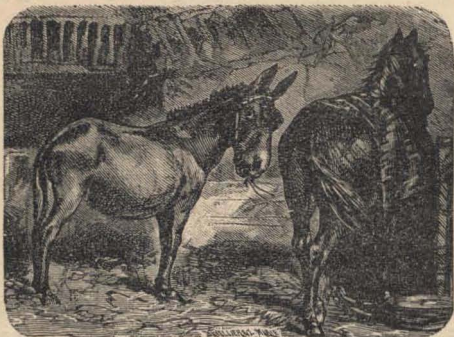
Si la abuelita se informaba y hacía algunas preguntas, se le daban respuestas evasivas, ó bien se la engañaba refiriéndole alguna historia falsa que se había urdido con mucho cuidado, porque sabido es que la mentira es la compañera inseparable y la auxiliar de todas las faltas que se cometen y quieren excusarse. Por último, José se vió exento de esta fiscalización y vigilancia, porque habiendo sido atacada la pobre anciana de un reumatismo agudo, tuvo que hacer cama, y no pudo ocuparse de nada de la casa, de modo que nuestro indolente no tuvo á nadie que le reprendiera y vigilara.

IV

Mientras tanto Bou-Maza no se sentía desgraciado. Encerradito en su cuadra bien abrigada, con paja y heno fresco y oloroso para su cama, con el balaustre de su pesebre bien provisto de heno para entretener sus

ocios, se sentía muy feliz en aquel paraje que cada día se le hacía más grato : engordaba á vista de ojo, y pasaba horas enteras en agradable coloquio con el viejo rocinante de la casa, ó en una rumia bienaventurada.

Su sueño dorado era el no salir nunca de aquel sitio de delicias. Todos los días cuando se acercaba la hora



...pasaba horas enteras en agradable coloquio con el viejo rocinante de la casa (pág. 16).

de salir á hacer ejercicio, enderezaba las orejas y prestaba un oído atento al menor ruido; y se mostraba impaciente y de mal humor durante todo el tiempo que él temía que viniesen á arrancarle de su ociosidad regalada; pero cuando ya pasaba la hora acostumbrada, y estaba seguro de que no vendrían á molestarle, entonces expresaba su satisfacción con alegres rebuznos.

Según y conforme iba haciendo cada vez más raras las cabalgadas y dejaba pasar José más días de intervalo entre una y otra, tanto mayor era el disgusto que Bou-Maza manifestaba, cuando le sacaban de la cua-

dra. Mientras que el joven no se atrevió á desobedecer por completo á su padre; las pocas veces que salía á pasear con el borrico africano eran para uno y otro holgazán verdaderos suplicios. Y aunque no estaban ambos mucho tiempo juntos, ponían empeño en mostrarse cada cual más fastidioso, en contrariarse mutuamente y hasta en brutalizarse.

— ¡ Oh ! ¡ oh !, decía José, cuando al volver de su excursión metía á Bou-Maza en la cuadra, ¡ qué insoportable es este pollino ! Ya me tiene aburrido hasta el alma.

— ¡ Ji, ja ! ¡ ji, ja ! decía Bou-Maza, luego que se encontraba delante de su pesebre, ¡ vaya un amo fastidioso, y más pesado que un plomo !

V

Cuando la abuelita cayó enferma y José no volvió á presentarse en la cuadra, Bou-Maza se tuvo por el más dichoso de los asnos.

La ociosidad y holganza en que le dejaban produjo sin embargo, curiosos resultados. La gordura que fué la consecuencia de ese no hacer ningún trabajo que, en un principio, había aumentado su hermosura dando más redondez á sus formas y mayor lisura y lustre á su pelaje, empezaba á fatigarle y le hacía muy pesado. Iba desapareciendo su agilidad nerviosa, que antes le permitía correr, saltar, caracolear, hacer con soltura todas aquellas habilidades que causaban admiración y

le hacían brillar y ser alabado en todas partes : ya no había elegancia en su manera de andar y de trotar; y sus ojos habían perdido aquel brillo tan notable que tenían antes, tomando sus miradas cierto aire de feroz estupidez, mientras que sus pobres piernecillas parecía como que se negaban á llevarle. Á la par que su físico sufría estos cambios y se deformaba, se embrutecía su inteligencia en términos que parecía haber olvidado las habilidades que le habían enseñado; y si por casualidad alguno le acariciaba, parecía como que semejantes caricias le espantaban, y no las toleraba sino con cierta repugnancia.

— « ¿Cómo haces tú para no fastidiarte de estar siempre encerrado sin hacer nada?, le preguntaba el viejo caballo cuando entraba en la cuadra al volver de la labor del campo.

— Yo, le contestaba Bou-Maza, algo cortado, no encuentro que el trabajo sea una cosa tan divertida y agradable como á ti te parece.

El honrado caballo meneaba la cabeza, y no replicaba una sola palabra; pero el pollinito africano adivinaba bien lo que aquel meneo de cabeza significaba, esto es, que su amigo y compañero de cuadra no quería causarle pena con sus reflexiones y reproches.

El hijo del desierto, acostumbrado á la vida nómada, y á las fatigas que consigo lleva, conocía muy bien que si su ociosidad le era agradable, esta ociosidad no tenía nada de honroso para él. Por eso hacía esfuerzos para desechar aquellos pensamientos é impedir ser molestado por los remordimientos que podría causarle la vida regalada y la ociosidad en que le dejaban.

Por su parte tampoco le gustaba á José pararse á re-

flexionar un poco sobre su conducta. No se engaña á una abuela, no se desobedece á un padre y no se descuida de ese modo á un animal, tan impunemente, sin que se deje de sentir cierta zozobra é inquietud en lo interior de su alma. El trabajo es la ley imperiosa de la vida, y se hace sentir de tal manera, que hasta los perezosos mismos y los holgazanes, cuando logran sustrearse á él y eludir esa ley, se sienten frustrados en sus esperanzas de felicidad fundadas en el no hacer nada. Antes de abandonarse enteramente al entorpecimiento que la ociosidad causa, el alma combate y se resiste hasta los últimos momentos, porque ha sido creada para obrar, y falta á su destino. La de José se despertaba algunas veces, y entonces él se sentía movido de arrepentimiento, y se proponía hacer esfuerzos para combatir su indolencia... pero estos propósitos eran como fuegos fatuos que desaparecían apenas brillaban, y continuaba obrando lo mismo que antes, porque su buena voluntad era demasiado débil todavía y su pereza é indolencia demasiado fuertes, y estaban muy arraigadas.

VI

Cuando llegó el mes de Febrero que es cuando empieza la primavera en la Provenza, y volvieron á soplar los aires templados, la buena de la abuelita se restableció, pudo dejar el lecho, y empezó á ir y venir por la casa, lo cual no dejó de causar alguna inquietud á José. Preveía que tendría que dar cuenta de su con-

ducta, que se vería obligado á oír algunas reconvenciones, y para evitarlas, en parte, quiso volver á emprender los paseos borricunos que daba antes con Bou-Maza.

Mucho tiempo hacía ya que no había puesto los pies en la cuadra, ni visto á su pollino. Abre la puerta, dirige una mirada hacia el sitio en que aquél estaba, y se queda sorprendido y pasmado. El animal que él veía ¿era realmente su asno?

El pobre animal cuya obesidad era extraordinaria, pero cuyas patitas habían permanecido delgadas, más bien que á un borriquillo, se parecía á un tonel puesto sobre cuatro estacas. Sucio el pelo y erizado. Porque nadie se había ocupado de limpiarle y lavarle, cubierto todo su cuerpo de polvo y de restos de heno y de paja, tenía un aspecto tan ridículo, tan salvaje y tan extraordinario, que su amo se espantó al verle, y se volvió á salir de la cuadra corriendo, sin atreverse á acercarse á él siquiera.

Sorprendido y aturdido de los desventajosos cambios que habían hecho en el pobre rocín algunas semanas de inacción y holganza, se preguntaba si sería posible el remediar ese mal; pero no quería aventurarse á intentarlo.

— Vuestro borriquillo necesita salir y hacer ejercicio, señorito José, le dijo el viejo labrador que cultivaba las tierras de la casa; sino cuidáis de ello, el animal no valdrá ni dos cuartos dentro de poco.

— Mañana le sacaré á pasear, le contestó José, alejándose á buen paso por no oír las observaciones del buen hombre.

Pero ni el día siguiente ni los que le siguieron cum-

plió José su promesa. Y á la verdad, al extremo á que habían llegado las cosas y visto el estado en que se encontraba el rocinillo africano, hubiera sido necesario emplear una grande energía y mucha actividad para volver á ponerle en el estado en que estaba cuando llegó á la casa; porque es sabido que es mucho más difícil el curar un mal que evitarlo, y precisamente, cuanto más reculaba José ante la dificultad, tanto más insuperable la hacía.

VII

Sentada la abuelita á la sombra de un grupo de pinabetes, no lejos de la casa, respiraba con delicia, por primera vez, desde que se había levantado de la cama, el aire embalsamado por las flores y entibiado por un sol primaveral. Los narcisos, los cistos, los lirios, las margaritas y otras florecillas silvestres cubrían las praderas, los bosques y los valles; y en los ribazos y colinas ostentaban los almendros sus inmaculados mantos blancos. El labrador surcaba la tierra con su arado, seguido por bandadas numerosas de aguzanieves y otros pájaros que revoloteaban y piaban alegremente picoteando los gusanos que dejaba á descubierto la reja del arado. Los dos hermanitos charlando alegremente se entretenían en recoger las florecillas que venían á depositar en el regazo de la abuelita para formar después un ramo, y la buena anciana paseaba sus miradas llenas de gozo y de esperanza por aquel pai-

saje encantador y animado, y cuyo mejor adorno era el grupo interesante que los niños formaban.

— José, dijo la abuelita de repente, dirigiéndose al gran *papamoscas* que estaba indolentemente tumbado á la larga sobre la hierba á unos cuantos pasos de distancia; José, tú no hablas ni me dices nada de tu borriquito. Anda, vete á buscarle y muéstranos los progresos que has hecho en equitación, y haznos admirar después algunas de sus habilidades.

José se puso más encendido que una amapola, se estremeció de pies á cabeza, se levantó muy lentamente, y se encaminó todavía con mayor lentitud hacia la cuadra.

¿Qué hacer en este caso? Era preciso obedecer á la abuelita y traer el rocín, ó bien confesar su falta de cuidado y su sobra de negligencia; y una y otra cosa le era muy penosa, y no podía resignarse. Se estremeció al pensar en la forma monstruosa que había tomado Bou-Maza. Sin embargo, se acercó á él, le pasó la mano por el lomo y le dió á comer un mendrugillo de pan que encontró en la faltriquera, y mientras lo estaba comiendo le puso la silla y la brida, dándole un limpión apresuradamente, y quitando como mejor pudo las pajitas y hebras de heno con que estaba cubierto su pelaje, tan sucio y empolvado ahora, y antes tan sedoso y brillante, y cuyo color negro y ceniciento se había transformado en un color sin nombre.

Bou-Maza no parecía hacer gran caso de todas aquellas amabilidades de su antiguo jinete; le miraba con cierta inquietud y se preguntaba qué significaban aquellos preliminares. Cuando le puso la silla sobre los lomos fué cuando, al fin, comprendió. Sus ojos se

inflamaron entonces con la cólera que se apoderó de él, y tomó la actitud de un borrico decidido á resistir y á no hacer lo que se exigía de él.

José, por su parte, tampoco quería ceder : era preciso que diese su paseo por corto que fuese, para persuadir á la abuelita de que Bou-Maza y él estaban siempre acordes y eran buenos amigos.

Luego que estuvo ensillado y embridado, montó á caballo tan de repente, que antes que el hijo del África hubiese podido reponerse de su sorpresa, con el impulso que le dió, se encontraron uno y otro fuera de la cuadra en un abrir y cerrar de ojos : pero no era eso lo que quería Bou-Maza. Furioso por haberse dejado sorprender y sacar de la cuadra, empezó á encabritarse, á meter la cabeza entre las patas, á andar á reculones, y á hacer, en fin, todas las *asnerías* que hacen los burros testarudos que no quieren trabajar, ó andar.

José estaba furioso. El tiempo se pasaba y la abuelita estaría admirada de no verle llegar. Con el palo que tenía en la mano le pegó en las ancas tres ó cuatro golpes, pero de nada sirvieron, porque Bou-Maza no se meneó, y en vez de andar, empezó á tirar coces de tal modo que le costó mucho trabajo á José el sostenerse montado. El pobre mozo no sabía lo que le pasaba : agarrado con una mano á las crines del animal, con la otra menudeaba los palos, pero sin ningún buen resultado, pues el burro testarudo los aguantaba, pero no andaba un paso.

En esto le pareció á José oír la voz de su abuela que le llamaba, y hasta la percibió á la extremidad de la calle de árboles que conducía á la cuadra.

« ¡ Ah! ¡ el pícaro animal! exclamó. ¡ Deja! ¡ deja!

que yo te dominaré!» Y al hablar así le pegó en la barriga dos patadas tan fuertes, que esta vez Bou-Maza metiendo la cabeza entre las patas emprendió una carrera desesperada por medio de los campos, saltando zanjás y vallados. José apenas podía sostenerse, iba muerto de miedo, pero no se atrevía á gritar. El borríco hacía los mayores esfuerzos por librarse de él, y habiendo llegado al borde de un barranco lleno de agua y de fango, el traidor africano pegó una huída, y de un bote de costado lanzó á su jinete en medio del barranco y continuó corriendo con la cabeza baja y el rabo levantado, haciendo resonar el aire con su música asnal acostumbrada, en señal de la victoria que acababa de alcanzar.

VII

El pobre mozo salió como pudo de aquel cenagal. La caída no había sido peligrosa, porque el cieno espeso que había en el barranco había amortiguado el golpe, y no se sentía lisiado en ninguna parte de su cuerpo, pero más hubiera querido haber sido sepultado en aquel cenegal que no salir de él cubierto de lodo desde los pies á la cabeza, y, sobre todo, cubierto de vergüenza.

Como le habían visto caer, habían acudido á socorrerle así la abuelita como las demás gentes de la casa.

— ¿No te has lastimado, pobrecito?, le preguntó temblando la buena anciana.

— No, abuelita, le respondió José avergonzado; no estoy más que mojado.

— Pues anda, hijo mío, anda, vete á casa corriendo á mudarte de ropa, y toma alguna cosa bien caliente. Vete con él, Norina, le dijo á la criada que la acompañaba llevándola del brazo, que ya volveré yo sola andando despacito con el auxilio de mi viejo Maturino; precisamente tengo que hablar con él.

José no tardó en volver á presentarse lavado, seco y refrigerado, pero algo corrido y avergonzado.

La buena anciana le estaba esperando á la entrada de la casa de labranza en donde estaba hablando con el arrendador.

— No habéis tenido poca suerte, señorito José, le dijo aquél. Ya os lo había yo dicho, que era preciso no dejar vuestro borriquillo en la cuadra durante semanas enteras, y que si no le sacábais y le hacíais trabajar, se haría vicioso y no valdría nada.

— ¿Pues qué, hacía mucho tiempo que Bou-Maza no había salido de la cuadra?, le preguntó la anciana.

— Creo que dos meses, respondió José balbuciendo y bajando la cabeza; en lo cual mentía, pues hacía mucho más tiempo que no le sacaba.

— ¡Cómo, José, dos meses !... exclamó la buena anciana indignada.

En aquel momento, después de haberse cansado de correr, de haberse escapado de las manos de los aldeanos que le querían coger; de haberse revolcado á su sabor en el polvo, el pollino africano volvía con trote sosegado á su querida morada.

La abuelita se quedó mirándole con aire de compasión, y agarrando á José por un brazo se fué con él á la cuadra.

IX

El ejercicio inusitado que acababa de hacer el hijo del desierto, no le había embellecido. Unos costrones formados por el sudor y la tierra en que se había revolcado, cubrían su cuerpo en muchas partes; su vientre jadeante, su lengua fuera de las mandíbulas y sus ojos desmesuradamente dilatados expresaban cierto embrutecimiento y cierta angustia, al mismo tiempo.

— ¡Pobre, pobre Bou Maza!, exclamó la abuelita. ¡He ahí cómo te ha puesto la ociosidad!... ¡Quién diría ahora que este monstruo era un animal tan hermoso, tan inteligente hace un año, y tan manso?... ¡Ah José!...

El joven se sentía sofocado por la pena y el remordimiento. Balbució algunas palabras, y de sus ojos corrieron algunas lágrimas.

— Ya ves, continuó diciéndole la abuela con dulzura; ya ves cómo la pereza y la indolencia vuelven todo disforme; mira cómo han puesto á este pobre animal, y mira cómo te han puesto á ti mismo, porque te han hecho faltar á la verdad, ser malo y necio. Bou Maza tenía cualidades preciosas, y por no hacerle hacer un ejercicio que repugnaba á tu indolencia, se ha trasformado en un animal horrible. ¡Pueda este ejemplo y el estado á que le ves reducido darte una idea y hacerte comprender la suerte que á ti te espera

si persistes en esa indolencia, y no te corriges de ese vicio! Sin el trabajo, hijo mío, no solamente nosotros no podemos desarrollar nuestras facultades, sino que perdemos tambien las buenas cualidades naturales que tenemos. Es preciso trabajar, para *permanecer* siendo inteligente; es preciso trabajar para *continuar* siendo bueno para *luchar* contra el enmohecimiento y el embotamiento en que caen nuestras facultades, á medida que vamos viviendo. ¿Lo comprendes bien ahora, hijo mío?

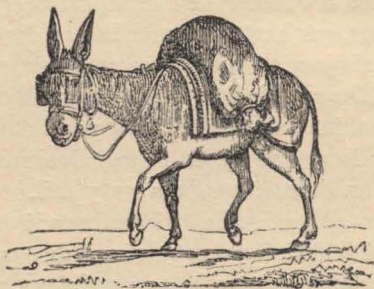
— ¡Sí, sí! querida abuela, «ya lo comprendo», exclamó José derramando lágrimas y con el acento de un verdadero arrepentimiento.

En efecto, las razones de su abuela apoyadas con el ejemplo que tenía á la vista, le hicieron comprender la consecuencias de su indolencia; y así lo probó con la energía de un corazón animoso, y se curó de su vicio. Se dedicó á trabajar con brío, y encontró en el trabajo el ennoblecimiento de sí mismo, y el buen empleo del tiempo le dió á conocer una multitud de goces y de satisfacciones, que hasta entonces le eran desconocidos.

Con el trabajo moderado, pero continuo, se desarrollaron las bellas cualidades y dotes naturales que poseía, las cuales habían sido obscurecidas y embotadas con la ociosidad y la pereza; y en lo sucesivo gozó de una existencia tan dulce como honrosa y útil.

En cuanto al borriquillo africano, se vió confirmada en él la verdad del adagio popular que dice que «el mal viene á caballo, y se marcha con muletas», porque no se logró sino con mucha paciencia, y al cabo de mucho tiempo, y teniendo que emplear con él algunos medios de rigor, el volverle á su estado primitivo y, hacerle adquirir buenas costumbres, haciéndole perder al

mismo tiempo su monstruosa obesidad y su indocilidad bestial y testaruda. Al fin, se consiguió, y los otros dos hermanitos que fueron sucesivamente sus dueños, no le dejaron ya enmohecerse en la cuadra. El animalito que, poco á poco, fué recobrando su inteligencia, comprendió que su resistencia sería inútil, y se resignó á ser dócil; además que habiendo vuelto á recobrar su antigua belleza y su salud, y la agilidad con ella, se encontró muy contento de verse otra vez muy bien cuidado y mimado, y de merecer el cariño de sus jovencitos amos, y la estimación de su compañero el buen rocinante de la casa, lo mismo que la de todos aquellos que, como este antiguo y laborioso servidor, no comprendían que se pudiese vivir sin trabajar, ni hacer nada, pasando su vida en una ociosidad vergonzosa y perpetua.





Apoyándose los dos niños sobre el antepecho de la ventana (pág. 30)

HISTORIA

DE

DOS BARQUITOS DE PAPEL

I

Acababa de caer un chaparrón inmenso. Empujadas las últimas nubes de la tempestad por un viento ligero, recorrían rápidamente el horizonte, formando acá y allá, mil figuras caprichosas, y curiosos dibujos en un

cielo azulado, al que daban mayor brillantez y realce las masas sombrías de los nubarrones que iban disipándose.

Los rayos del sol penetraban por entre los vapores de una atmósfera cargada que se iba purificando poco á poco; y las goteras que caían de los tejados de las casas y el agua que salía á borbotones por los canalones, y la que corría abundantemente por las calle reflejaban los rayos del sol á porfía, bajo diferentes formas y colores. Las gotas de agua suspendidas en las ramas de los árboles brillaban como otros tantos diamantes. Las hojas y las hierbas sacudían el agua de que estaban empapadas; los pajarillos secaban sus alas y plumaje saltando de rama en rama, mezclando sus alegres gorjeos con el ruido argentino del agua y con el que hacían las ramas de los árboles mecidas por la fresca brisa que se había levantado. Engrosados los regueros de las calles con aquella abundancia de agua de que las nubes se habían descargado, parecían pequeños riachuelos improvisados, cuyas efímeras y tumultuosas corrientes iban disminuyendo gradualmente desde que había cesado de caer la lluvia y de alimentarlos, y sus anchas orillas, durante algunos momentos, se iban estrechando poco á poco, y dejando libre el paso.

Dos niños que estaban sentados á la ventana de un cuarto bajo seguían con la mayor impaciencia y atención los progresos decrecientes de aquellos riachuelos, y se apresuraban á concluir dos barquitos de papel que estaban haciendo, y que pensaban lanzar al agua para correr fortuna. Si se quería tener todavía una corriente de agua que fuese bastante copiosa y navegable, no había tiempo que perder, porque el agua disminuía de

instante en instante; pero los dos constructores no tardaron en dar la última mano á sus barquitos.

Cuando vieron, al fin, terminada su obra, no pudieron retener sus gritos de admiración y de alegría; y, en efecto, la cosa lo merecía, porque los tales barquitos eran unos dijes, una verdadera maravilla. Provistos, pues, estos barquitos hechos con cartulina y papel dorado, y tan elegantes de formas, de mástiles y hasta de cordajes, guarnecidos con brillantes banderolas y flámulas, y con otros mil adornos caprichosos, tenían un aspecto lindísimo y cual no había tenido ningún barco de papel.

Ya no se trataba más que de lanzarlos al agua, é inclinándose y apoyándose los dos niños sobre el antepecho de la ventana, medían con la vista la distancia que los separaba del arroyo de la calle.

— ¡Ea!, exclamó uno de ellos, en marcha, amiguitos míos. Y en seguida, lanzados los barquichuelos por sus pequeñas pero diestras manos, se encontraron flotando y expuestos á correr todos los riesgos de la navegación.

II

Á pesar de haber sido hecha esta operación con toda felicidad, los viajeros no dejaron por eso de experimentar un vivo estremecimiento. Vacilantes por la fuerte sacudida que llevaron al caer en el agua, y embarazados por los remolinos que ésta hacía, empezaron

por balancearse mucho á derecha é izquierda y por girar sobre sí mismos, hasta que al fin, consiguieron enderezarse y ponerse en equilibrio, y, entonces, afirmándose sobre sus cascos, empezaron á marchar majestuosamente, acompañados por el palmoteo y los gritos de alegría de los dos niños que saludaban de este modo su partida.

La calle estaba desierta, y los barquichuelos iban navegando tranquilamente llevados por la corriente, sin más espectadores de su marcha que los dos niños que permanecían apoyados sobre la ventana. El rumbo que seguían era tan llano que no ofrecía ningún peligro de naufragio, y al ver la seguridad con que marchaban y la confianza en sí mismos, se habría dicho que los tales barquitos estaban acostumbrados á la navegación.

Los dos buquecillos, sin embargo, no navegaban de la misma manera. El uno mostrando una gran prudencia, marchaba siempre cerca de la orilla del arroyo, como si temiese arriesgarse á navegar en sitios más peligrosos, prefiriendo los menos agitados : el otro, al contrario, parecía que buscaba el gran movimiento, y se lanzaba osadamente en medio del arroyo, en donde era más impetuosa y fuerte la corriente. Se habría dicho, al verlos caminar de esa manera, que el primero se desconfiaba de aquella fuerza que arrastraba todo consigo, mientras que su compañero la buscaba con ahinco.

No se tardó mucho tiempo sin que los dos barquichuelos dejasen de marchar de frente en la misma línea, y el barco circunspecto fué rebasado y dejado atrás á una gran distancia por el barco aventurero.

Navegando éste siempre de la misma manera, llegó á un recodo de la calle en donde el arroyo se dividía en

dos brazos. Por un lado, el agua continuaba corriendo por la calle solitaria, por el otro se escurría por una pendiente bastante inclinada que conducía á la calzada de un bulevar muy animado por los carruajes y por los transeuntes que circulaban por él.

Oscilando á derecha é izquierda, el barquito podía elegir uno ú otro camino, pero no estuvo vacilante mucho tiempo, sino que, deslumbrado por el aspecto brillante que presentaba el bulevar con la grande animación que reinaba en él, y fastidiado por la soledad y el silencio de la calle por donde había navegado hasta entonces, en la que no había encontrado á nadie que le admirase, se lanzó intrépidamente y sin reflexionar á la corriente rápida que no tardó en conducirlo en medio del gentío. Ni la rapidez de la corriente, ni el tumulto, que reinaba en aquel paraje le espantaron, ni le detuvieron. No reflexionó adonde podía llevarle aquélla, ni menos si tendría la fuerza suficiente para resistir una marcha tan rápida y una navegación tan llena de escollos é inconvenientes. Estaba muy orgulloso y ufano con su belleza, y quería que lo admirasen; quería correr por el mundo, caminar por en medio de las gentes, ver aquella agitación, aquel brillo deslumbrador; y todo aquel ruido, y aquella agitación, lejos de atemorizarle, le animaban.

III

Todo lo encontraba delicioso y encantador en aquel nuevo camino : la grandeza y magnificencia de los pala-

cios y de las casas, el ruido de los coches, la multitud de transeuntes, y hasta la vertiginosa rapidez de su marcha.

Ostentaba con orgullo su popa dorada, agitaba sus flámulas y gallardetes de colores brillantes, y se entusiasmaba con los elogios que le tributaban todos aquellos que le veían pasar. Huyendo desdeñosamente de las manos infantiles que se alargaban algunas veces para cogerlo, su carrera vertiginosa le embriagaba. En efecto, ¿podía navegar ningún barco de vapor más velozmente que él? Y entonces se ponía mucho más erguido, extendía sus velas, agitaba sus banderines, y se acordaba entonces con lástima de su compañero que había perdido de vista, y se había quedado tan atrás.

— « ¡Qué cobarde! » exclamaba.

El aventurarse, movido únicamente por el deseo de brillar, en un camino desconocido, ignorando el punto adonde puede conducirnos, y de cuya resolución imprudente haya quizás que arrepentirse en breve, era para nuestro osado y petulante barquillo dar pruebas de valor. Se equivocaba, sin embargo; el verdadero valor consiste solamente en proseguir y continuar con madura reflexión una empresa arriesgada después de haber examinado bien, antes de emprenderla, los riesgos y peligros que ofrece; en decidirse al fin á llevarla á cabo, cuando se siente uno con la fuerza necesaria para triunfar de aquellos riesgos y peligros.

IV

Muy pronto debía, pues, llegar para nuestro aventurero el momento del arrepentimiento, pero arrepentimiento tardío.

La corriente que llevaba al presuntuoso barquichuelo se hacia cada vez más impetuosa, de modo que recibía á cada momento sacudidas violentas que no le permitían continuar su marcha triunfal. Con gran dificultad podía conservar el equilibrio y preservar de salpicaduras de una agua cenagosa y turbia, los bonitos adornos que constituían su hermosura. Su casco de cartulina empezaba á empaparse de agua y á reblandecerse, y amenazaba hacerse mil pedazos con los choques que recibía sin cesar de los torbellinos de agua que encontraba en su camino.

De la embriaguez del orgullo empezaba á pasar á un malestar indescriptible : se preguntaba si su frágil construcción era bastante fuerte y apropiada para viajes tan agitados, y si su osadía no había sido más bien que arrojo, una locura; y este malestar no tardó en cambiarse en terror y espanto. Su marcha continuaba siendo rápida; él hubiera querido ahora disminuir ese movimiento vertiginoso que le había inspirado tanto orgullo en un principio. ¡ Ah ! ; si hubiera podido detenerse algunos instantes, si hubiera podido descansar y mirar adónde iba ! El desventurado é imprudente

barquichuelo se agarraba aquí y allí á algunos adoquines del empedrado que sobresalian algo de la corriente, pero no podía permanecer allí mucho tiempo, porque aquélla lo arrastraba con su impetuosa violencia, y no le permitía ni aun encallar en la orilla, como él hubiese querido. Así, marchaba, marchaba sin poder detenerse ¿adónde? Él no lo sabía.

El desgraciado, maltratado por la multitud de choques que había recibido, se siente descomponer y abrir en muchos sitios. La corriente cada vez más furiosa le arrastra y lo mezcla con una multitud de cosas informes y sin nombre que lleva consigo. Al barquichuelo tan lindo y elegante hace un momento, no le queda ya ningún vestigio de su antiguo esplendor : desgarrado, ennegrecido por el agua enlodada en que ahora camina, se parece á un asqueroso harapo de no se sabe qué tela.

Al mismo tiempo oye un ruido sordo, continuo que es cada vez más fuerte; ruido que viene del punto hacia donde él camina y que tiene no sé qué de espantoso, de horrible; y el infeliz se encuentra á la entrada de una boca abierta tan negra como la de un lobo, de la que se desprende un olor fétido, y de la que sale aquel ruido de trueno. Arrastrado por el arroyo entero, en medio de toda suerte de inmundicias es precipitado en aquel sumidero cubierto de una asquerosa espuma y desaparece para siempre.

¡Después de haber seguido una marcha y carrera triunfal, el orgulloso y temerario barquichuelo va á perecer miserablemente en un... albañal, en una alcantarilla !

V

Cuando no se sabe adónde se va, el buen juicio aconseja no adelantarse á ciegas, sino caminar con mucha prudencia. Esto lo había comprendido perfectamente el otro barquito.

Al llegar, á su vez, á aquel recodo en donde se dividía en dos el arroyo, lejos de tentarle el ruido y la animación, lo espantaron. No trató de lucir y hacer brillar sus galas, porque conocía que un pobre barquichuelo de papel, por muy bien construído que estuviese, no es capaz de soportar una grande agitación, ni prestarse á heroicas aventuras; y entonces prefirió continuar su navegación por el mismo rumbo que traía y que él conocía, dejándose llevar por la corriente poco tumultuosa de la calle solitaria y silenciosa.

Alrededor de él, crecía la hierba, asomando su cabeza por entre las junturas del empedrado. Los grandes y frondosos árboles de algunos jardines cuyas paredes formaban parte de la calle, asomaban sus ramas cargadas de flores por encima de aquellas paredes, y en estos árboles revoloteaban y cantaban numerosos pajarillos : apenas aparecía, de tiempo en tiempo, por aquel paraje solitario un transeunte.

El barquito seguía bogando sin recibir fuertes sacudimientos, y de vez en cuando se detenía en algún promontorio formado por las sinuosidades del arroyo, y

poco después volvía á emprender tranquilamente su marcha; de modo que su frágil armazón no se deterioraba, y si no lo miraba nadie, tampoco en cambio, corría ningún riesgo, ni le amenazaba ningún peligro.

De esta manera arrivó á una pequeña ensenada formada por unos adoquines salientes en donde el agua



! Ay ! ; qué barco tan bonito exclamó ; ; voy á cogerlo (pag. 40).

hacía remanso. En una de sus orillas, y en el intersticio de las piedras, una flor lindísima ostentaba sobre su tallo una preciosa cabeza sonrosada.

Esta florecilla se balanceaba con tanta gracia, mecida por la brisa, derramaba á su alrededor un perfume tan suave, y entreabría sus pétalos purpurinos

de una manera tan graciosa que parecía que llamaba á su lado al pequeño viajero, para que se quedase allí á hacerle compañía.

Éste, en efecto, se detuvo arrimándose á ella, y sin ánimo de ir más lejos; y como el arroyo fué menguando poco á poco, no tardó en dejarlo en seco al lado de su compañera.

Nuestro viajero no pareció percatarse de este contratiempo; había hecho conocimiento con la flor, y se quedaba muy gustoso con ella. Se habría dicho que una y otro habían entablado un amistoso coloquio, pero nadie sabe lo que se dijeron, excepto un indiscreto pajarillo que revoloteaba y saltaba á su alrededor con una curiosidad manifiesta.

Todo lo que nosotros podemos referir es que el barquichuelo no había desplegado nunca con tanta gracia flámulas, gallardetes, ni la flor había exhalado un perfume tan suave y penetrante.

VI

Hallándose en la parte más interesante, quizás, de su misteriosa conversación, vieron pasar una sombra de repente, y fijos sobre ellos dos ojos vivarachos y picarescos, que miraban el barco con no poca admiración. Aquellos dos ojos eran los de un joven estudiante, que, con el cartapacio y un paquete de libros á

la espalda, salía de la escuela y se volvía á su alojamiento.

— ¡Ay! ¡qué barco tan bonito! exclamó; ¡voy á cogerlo!

Y al mismo tiempo, se apoderó del barquichuelo; pero reparando entonces en la flor tan linda y tan perfumada.

— Voy á cogerla tambien, continuó diciendo, porque la una irá bien con el otro.

Y en seguida desarraigó con la mayor delicadeza la planta entera del suelo en que, con la mucha humedad, apenas estaba fija, la puso con el mayor cuidado sobre el barquito, y volvió á continuar su camino interrumpido.

Algo sorprendidos los dos amigos, de este nuevo viaje, pero muy contentos de no verse separados, llegaron así á una humilde habitación situada á una de las extremidades de la ciudad. El jovencito se detuvo, empujó la puerta de la casa, y entró en un cuarto pobremente amueblado, en donde estaba recostada en un sillón, cerca de la ventana, una niña enferma.

Al ver entrar al joven dió un grito de alegría.

— ¿Qué es eso? ¿qué traes ahí? exclamó, fijando su vista en el barquito y en la flor que el estudiantillo levantaba sobre su cabeza: ¡Dámelo, dámelo pronto que quiero verlo de cerca!

Á un niño pobre que no ha tenido nunca en su poder ninguno de esos maravillosos y costosos juguetes que rompen y destrozan con tanta facilidad los hijos de las personas ricas, un barco de papel dorado le parece una maravilla. La enferma tomó el barquito en sus manos demacradas y lo estuvo examinando con delicia, luego

miró la flor, cuyo aroma y color no le causaron menós placer.

— ¡Oh! qué contenta estoy; ¡oh! qué alegría tengo, exclamaba á cada momento, ¡yo que deseaba tanto reemplazar mi pobre reseda!

Y, en seguida, con el instinto natural que tiene todo ser que padece, y que no quiere hacer padecer á los demás, trasplantó la flor en un tiesto lleno de tierra, en donde las raicillas de la planta, un poco lánguidas ya, volvieron á encontrar nueva frescura y vida, y mientras estaba haciendo esta operación, su hermano le contaba cómo había encontrado el barquito y la flor reunidos, y que pareciéndole que ambos dos estarían bien juntos, no había querido separarlos y los había traído.

La joven enferma tampoco los separó. Colocó á una y otro en un velador que puso cerca de ella; y en las horas de soledad le servían de compañía, y la distraían. Algunas veces hacía bogar al barquito en un cubo de agua, y otras, cuando brillaba el sol, se abría la ventana, y la flor, puesta en su tiesto sobre el borde, respiraba el aire puro por todas sus hojas, y se rejuvenecía. Gracias á ella y al barquito, desde que entraron en aquella pobre casa, hubo en ella un poco de alegría.

La niña enferma se curó, pero no por estar buena dejó de dirigir siempre miradas afectuosas de agradecimiento á aquellos dos amigos que la habían acompañado durante sus largas horas de dolor y tristeza. Cuidadosamente entretenidos en su respectiva frescura, se hicieron el principal adorno de la pobre chimenea.

¿Cuál fué el fin que tuvieron? Eso nunca se ha sabido,

pero se presume, porque no puede tener nunca mal fin aquel que ha conocido y saboreado en la vida la dicha de ser amado, y de haber hecho por su parte algún bien, y prestado algún servicio.





HISTORIA

DE

UN PAPAGAYO

I

— ¿Quién ha dejado al pobre Mokó delante de la ventana abierta? ¿has sido tú, Valentín?

— No, mamá, no he sido yo, ha sido Melania.

— ¡ Siempre tan descuidada !, dijo la mamá cerrando la ventana; y eso que le tengo dicho repetidas veces que los papagayos son muy friolentos, que temen mucho el frío y que pueden coger fácilmente una fluxión de pecho que les cueste la vida.

Valentín no respondió la menor palabra, estaba

dando, con aire pensativo, algunos terroncitos de azúcar á Mokó que era un papagayo de las Islas vestido con un plumaje de púrpura y esmeralda, que tenía un pico muy hablador, un oído muy fino, y una memoria muy feliz que le hacía aprender fácilmente y retener muchas cosas de las que oía.

Luego que salió del cuarto la mamá, Valentín que, hasta entonces había tenido la cabeza baja, la levantó. Su rostro estaba cubierto de rubor, porque al excusarse había dicho una mentira, puesto que en lugar de haber confesado simplemente que había sido él quien había dejado la ventana abierta, había preferido echar la culpa á la doncella.

Este joven tenía un gran defecto, ó más bien un vicio : el de no querer confesar nunca ser el autor de las faltillas que cometía, por pequeñas ó insignificantes que fuesen, de modo que nunca se veía reprendido, porque, aparte este vicio, tenía buenas cualidades. Era muy aplicado al estudio, y de un carácter muy suave; pero si por casualidad le acontecía el hacer alguna vez alguna picardigüela, antes que confesarla, se habría dejado más bien arrancar la lengua. El agravar su falta con negarla obstinadamente, le parecía cosa más fácil que el borrarla y hacérsela perdonar con una confesión sincera. Y bien que este modo de obrar fuera efecto de amor propio ó de temor, lo cierto es que era muy necio. ¿Qué humillación de amor propio es comparable al envilecimiento en que uno incurre diciendo una mentira? ¿no ha sido siempre el medio más seguro y más noble de desarmar el enfado paternal, el confesar sencillamente el mal que voluntaria ó involuntariamente se ha hecho?

Lo cierto es que esa deplorable debilidad había llegado á ser una inventerada costumbre en el pobre niño; un verdadero vicio, cuya práctica se repetía continuamente aun cuando se tratase de las cosas más insignificantes. ¿Se había vertido el tintero, rasgado la hoja de algún libro, roto alguna taza, ó se había olvidado de cuidar á Mokó? Cuando trataban de reconvenirle, protestaba inmediatamente y se apresuraba á disculparse diciendo : « No soy yo quien ha hecho eso, es mi hermanita », ó bien « ha sido Bautista », ó bien « ha sido Melania » — y la hermanita que apenas empezaba á balbucir algunas palabras, no le contradecía; y Bautista que era un antiguo criado de la casa, y Melania la doncella de la mamá preferían callarse y dejarse reprender, más bien que acusar á su señorito. De modo que los padres de éste ignoraban la detestable inclinación que su hijo tenía á la mentira; inclinación que se aumentaba, y que fortificaba cada día este silencio.

II

Todo debe sacrificarse excepto la conciencia. No era, sin embargo, sin sentir cierto rubor y cierta turbación interior que el niño disfrazaba la verdad. Los hombres han recibido el don de la palabra para ilustrarse unos á otros, no para engañarse; y por pequeños que seamos, este instinto lo sentimos en nosotros mismos, y no

podemos faltar á esta ley de la verdad sin que deje de sublevarse alguna cosa en nuestro interior. Además que siempre se conserva el temor de que llegue á descubrirse el engaño : este temor nos causa mil aprensiones, y nunca nos sentimos enteramente tranquilos.

Se dirá, quizás, que las mentiras del niño no tenían importancia ninguna; pero también puede decirse que acostumbrándose á mentir desde un principio en cosas leves, se llega por último á mentir sin pudor en casos y circunstancias graves. Además que cuanto más pequeña es la falta que se comete, tanto más indigno y vergonzoso es el no confesarla.

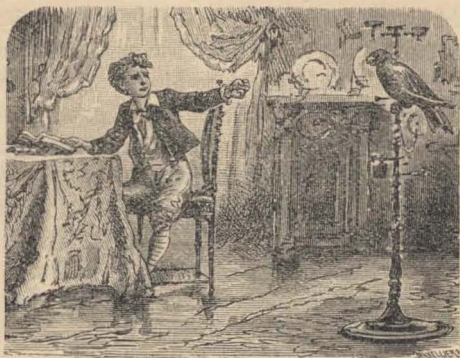
Cuando Valentín acabó de dar terroncitos de azúcar al papagayo, le dijo mirándole atentamente :

— Qué pensativo estás, Mokó; no parece sino que estás estudiando alguna lección.

Y en efecto, el lorito tenía una postura meditabunda muy original; parecía como que escuchaba ó que hacía esfuerzos por recordarse alguna cosa; y lo que le dijo Valentín no le hizo cambiar de posición, porque Mokó tenía momentos en que era un personaje muy reflexivo. Era un animal que tenía mucha inteligencia, y había adquirido una facilidad tan grande para hablar, que muchas veces tomaba parte en una conversación con tal acierto que no sólo divertía el oírle, sino que los que le escuchaban se quedaban admirados del tono con que hablaba. Muy rara era la semana en que no aprendiese algunas frases nuevas que pronunciaba en seguida delante de sus admiradores. Y estas salidas eran precedidas, por lo general, de un silencio meditabundo durante el cual podría decirse que estaba repasando en su interior las palabras que iba á decir; y sin duda en

aquel momento, así como Valentín lo había dicho, Mokó estudiaba alguna lección.

Como el joven tenía también él que estudiar la suya, se separó del pájaro dejándole entregado á su meditación, y sentándose delante de su pupitre se puso á estu-



Valentin se estremeció y volvió de repente la cabeza (pág. 47).

diar. Pasados algunos momentos, suspendió su tarea y exclamó :

— Me alegraría saber quién ha tomado mi gramática latina.

— No he sido yo, le respondió una voz gangosa; no he sido yo, ha sido Melania.

Valentín se estremeció y volvió de repente la cabeza para ver quién era el que se burlaba de él de aquel modo; pero no vió á nadie en el cuarto.

Mokó mientras tanto no tardó en esclarecer aquel

misterio, porque agitándose y dando gritos de triunfo y alegría empezó á decir y repetir con toda su fuerza :

— No he sido yo, no he sido yo; ha sido Melania.

Valentín se quedó inmóvil; aquellas palabras del lorito le sonaban muy mal á sus oídos y le causaban el mayor disgusto. Cualquier otra persona se habría reído de la charla del loro y de la respuesta que, tan á propósito, había venido casualmente á su pico; pero Valentín sabía muy bien que si él no hubiese repetido tantas veces y tan á menudo delante de Mokó aquellas palabras de : « No he sido yo; no he sido yo », el pájaro de las Islas no las habría aprendido, y esta inconsciente burla del lorito le causaba un gran disgusto.

— « Cállate, Mokó, le dijo con enfado; eres un impertinente.

Pero el loro continuaba gritando y repitiendo :

— No he sido yo; no he sido yo; ha sido Melania.

Por el momento no sabía decir ninguna otra cosa más; pero la frase se había encajado tan bien en su mollera de loro que no cesaba de repetirla hasta la saciedad.

Valentín, algo despechado, se puso á trabajar de nuevo; pero al ver que Mokó no cesaba de repetir su nueva charla, cogió sus libros y sus cuadernos y se fué á otro cuarto inmediato, donde pudiese estudiar en paz.

El ver en otra persona un defecto cualquiera que nos es familiar y propio, nos causa un efecto singular. Hasta entonces no habíamos sido importunados, y de repente se nos hace insoportable. Tal es el efecto que causa un espejo puesto de repente delante de los ojos de una persona fea que trata de olvidarse de su fealdad : de buena gana haría el espejo mil pedazos.

Valentín se puso muy encolerizado contra su pobre é inocente papagayo. Aquel eco que repetía y denunciaba sus vergonzosas negaciones, se le hacía odioso é intolerable, y se sentía predispuesto á aborrecerle.

III

Entre los que querían y admiraban á Mokó había un jovencito amigo de Valentín que venía á pasar con él los días que había asueto en el colegio; y Valentín quería á este amiguito suyo con pasión. Sin embargo, á pesar de este cariño, gracias á su mala costumbre, más de una vez le había hecho pasar por autor de faltas que no había cometido, disculpándose á costa suya tan á menudo, que el pobre joven, sin saberlo ni sospecharlo siquiera, había perdido poco á poco el afecto del padre de Valentín, que era un cirujano célebre, hombre serio que se ocupaba concienzudamente de los deberes de su profesión, y que no dudaba en lo más mínimo de la veracidad de su hijo.

El día siguiente de lo ocurrido entre Valentín y Mokó, que era un jueves, Emilio, que era como se llamaba el joven, vino, según costumbre, á pasar la tarde con su amigo.

Después de haber charlado y de haberse divertido un poco : « Vamos á ver á Mokó », le dijo.

— Vamos á merendar », le contestó Valentín, apa-

rentando no haber oído, porque no quería que un tercero oyese las impertinencias del lorito.

Los dos amiguitos merendaron con muy buen apetito; pero no habían acabado todavía de comer su último pastelillo, cuando volviendo á expresar Emilio su deseo, dijo á su amigo de nuevo :

— Vamos á ver ahora á Mokó.

Y antes que Valentín pudiese detenerle, corrió al cuarto en que estaba charlando el lorito.

Después de estar vacilando unos instantes, aunque de mala gana y de peor humor, Valentín fué á reunirse con su amigo.

Emilio había empezado ya un diálogo burlesco con el papagayo, y se reía á carcajada tendida. Mokó, por su parte, estaba muy alegre también y no charlaba ni decía más que tontunas insignificantes, de modo que el mismo Valentín, reconciliado con el lorito, tomó parte en la conversación papagayesca de su amigo, y no pudo menos de reirse.

Después de haberle dado á comer la mitad de un albaricoque, exclamó de repente Emilio :

— ¿Dónde está mi albaricoque, Mokó? ¿eres tú quien se lo ha engullido?

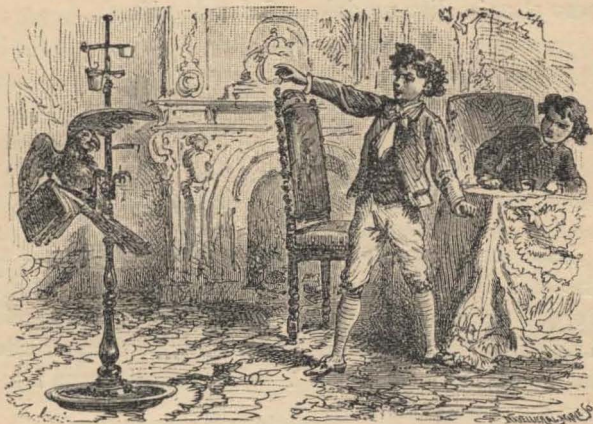
— No he sido yo, no he sido yo; contestó el papagayo inmediatamente.

— ¡Vaya una cosa original!, exclamó Emilio, este tuno de pájaro sabe mentir como una persona. Hasta se diría que es brujo. Dime, Valentín, ¿eres tú quien le ha enseñado eso?

Valentín se hacía el desentendido, y como si no oyera; no respondía, pero tampoco se reía. Había cogido un libro y se había puesto á leer, mientras que

Emilio se reía con esa risa infantil que necesita tan poco para derramar sus perlas argentinas. Con el color demudado y trémulo por el despecho, de buena gana habría retorcido el pescuezo al papagayo si lo hubiera tenido entre las manos en aquel momento.

— Escucha á tu papagayo, volvió á decirle Emilio.



Levantándose entonces Valentín muy irritado, arroja con ímpetu sobre el papagayo el libro (pág. 51).

¿Eres tú quien le ha enseñado todas esas tunanterías?

— No he sido yo, respondió Valentín secamente.

— No he sido, yo repitió Mokó en seguida.

Levantándose entonces Valentín muy irritado, arroja con ímpetu sobre el papagayo, el libro que tenía en la mano y el desgraciado charlatán, dado un gemido

sordo cae el suelo arrastrando consigo la percha en que estaba puesto.

¡Pobre Mokó! el golpe que recibió le dejó bien malparado.

— ¡Valentín!, exclamó Emilio sorprendido y aterrado, ¿qué es lo que has hecho?

Valentín, calmado y vuelto á sí mismo, se apresuró á tomar el pájaro entre sus manos cubriéndole de besos; pero el animalito no daba señales de vida.

IV

Esta era la primera vez en su vida que el niño se encolerizaba. ¿Por qué se había irritado de aquel modo? Porque un pájaro inocente é inconsciente que aprende á repetir lo que oye, había dicho una frase pronunciada delante de él tantas veces. Y el joven sentía en su interior que había sido bárbaro é injusto.

— ¿Qué sucede? ¿Qué ruido es ese?, preguntó el padre de Valentín abriendo la puerta del cuarto en que estaban los dos niños.

— ¡Papá! ¡papá! venid pronto, exclamó Valentín con voz suplicante, no pensando más que en su pobre y moribundo papagayo. Mokó ha recibido un gran golpe.... me temo que esté muerto... sólo vos podéis salvarle si vive todavía.

El hábil cirujano tomó en sus manos el animalito y le examinó con la mayor atención.

— No está más que aturdido, dijo; pero tiene una pata rota. Sin embargo, se la podré curar. Voy á entablillársela en seguida. Tráeme dos ó tres tablillas finas y bien derechas, hilo grueso, un pedazo de lienzo y una venda.

Valentín, muy conmovido y temblando, fué á buscar y trajo lo que su papá había pedido; y mientras que estaba curando al pobre fracturado, quiso saber cómo había sucedido á Mokó aquel accidente.

Á esta pregunta de su padre, Valentín se estremeció de los pies á la cabeza. ¿Sería necesario el contar el arretrato de cólera que había tenido y lo que lo había motivado?...

Emilio estaba también muy perplejo y agitado. Temía que le preguntaran, y no quería ni mentir, ni delatar á su amigo. El cirujano fijó sobre él una mirada inquisidora, y no dejó de llamarle la atención su figura trastornada.

— Vamos, dijo, ya veo que este accidente ha sido originado por alguna travesura turbulenta. Díme, Valentín, ¿quién ha causado este daño á Mokó?

— Papá, respondió Valentín horriblemente turbado, ha sido... ha sido un libro que ha caído encima de él.

— Bien, pero ¿quién le ha arrojado ese libro?

Si el padre, ocupado exclusivamente en curar al pobre Mokó, hubiese mirado en aquel momento á Valentín, habría descubierto fácilmente la verdad; pero permaneció con su cabeza inclinaba sobre el animal, y no pudo ver la fisonomía descompuesta de su hijo, el cual, sin saber casi lo que se decía, respondió á aquella pregunta directa con voz apenas inteligible, el acostumbrado, « No he sido yo. »

Emilio no podía casi dar crédito á lo que acababa de oír.

Volviéndose entonces el cirujano hacia él le dijo :

— He ahí el resultado de vuestras travesuras turbulentas; pero esa manera brutal de obrar con este pobre animal, va mucho más allá de lo que puede tolerarse.

— Sabed, señor, respondió Emilio con ímpetu, que yo no tengo parte alguna, ni soy por nada en lo que ha sucedido.

— Está muy bien, le contestó el cirujano cada vez más irritado. Veo que no contento con causar pena á vuestro amigo, queréis, además, echarle la culpa de vuestra mala acción. Si mi hijo fuera el culpable, no permitiría, no, el que fuéseis acusado injustamente...

Durante este tiempo, Valentín estaba padeciendo un horrible tormento.

— ¡ Habla !... ¡ habla !, le decía la mirada suplicante de Emilio.

El embustero abre la boca... va á hablar... pero al fin se detiene, y el cirujano continúa :

— Después de lo que acaba de pasar, dice, no debéis extrañar que, en lo sucesivo, os prohíba que volváis á poner los pies en esta casa. Hubiera podido perdonaros todas vuestras travesuras y aturdimientos; pero vuestra mentira me causa horror... ¡ idos de aquí !

— ¡ Padre mío ! exclamó, gimiendo Valentín.

El joven Emilio tomó su sombrero y salió del cuarto con paso lento y firme : llevaba el corazón sumido en el mayor dolor, no por la injusticia que se acababa de cometer con él, sino por el porte indigno de su amigo.

Valentín adivinaba perfectamente lo que pasaba en

el interior de aquella alma noble y leal, salió del cuarto detrás de Emilio, y al atravesar el corredor, se acercó á él, le cogió la mano y le dijo con voz ahogada y desfallecida :

— ¡ Perdóname !

— ¡ Déjame ! ¡ vete ! le contestó Emilio, retirando su mano precipitadamente; ¡ vete ! ¡ tú no eres sino un miserable cobarde !

Y lanzándose á la escalera, la bajó precipitadamente, y se alejó de la casa sin volver la vista atrás.

V

« ¡ Tú no eres sino un miserable cobarde ! » Estas palabras que Emilio le había dicho, habían penetrado como un acerado dardo en el corazón de Valentín.

Se retiró precipitadamente á su cuarto, y cayendo de rodillas al pie de su lecho, se cubrió la cara con las manos, inclinó su cabeza sobre las ropas de la cama, y lloró amargamente.

Había merecido bien que le lanzasen aquel horrible epíteto; porque, en efecto, era un miserable cobarde, sí, un cobarde para con su amigo, y para consigo mismo. Lo había sido, y lo era como lo son todos los embusteros. El cometer una falta y no tener el valor de confesarla, es cosa muy vergonzosa; pero el hacer recaer esa falta sobre un inocente, eso es todavía más ruín, más cobarde, más odioso é indigno; y Valentín tenía

ya edad suficiente para saber la marca deshonrosa que imprime sobre la frente de un hombre aquella ruindad y cobardía; y si antes no había conocido todo el envilecimiento en que caía con sus precedentes mentiras, ahora lo veía, y lo conocía.

— ¡Ah! ¡exclamaba sollozando, ¡ya no volveré á mentir jamás en mi vida!

Al formular este propósito era sincero; pero, por desgracia, su contrición no iba hasta decidirle á apresurarse á reparar inmediatamente la falta y el acto de bajeza y cobardía que había cometido, por medio de la confesión sincera de ella, que era el único medio de hacérsela perdonar, de borrarla.

Cuando, después de haber enjugado sus lágrimas, volvió adonde estaba su padre, no se sintió con el valor ni la energía suficientes para hablar de lo ocurrido, y desengañar á su padre, que creía con gran confianza en su veracidad.

Quizás si, teniendo alguna duda ó sospecha, le hubiese interrogado el cirujano, quizás su hijo, animado con la resolución que acababa de tomar de no volver á mentir jamás, le hubiese confesado la verdad. Así es que se acercó á su padre, esperando y temiendo al mismo tiempo un interrogatorio. Mas como el cirujano estaba muy lejos de tener la menor sospecha de la conducta de su hijo, é ignoraba el feo vicio que tenía; esta confianza y la antipatía que había llegado á tomar por Emilio, no le pasó por la imaginación el que en todo lo ocurrido tuviese Valentín la menor parte de culpabilidad, y atribuyó la turbación de su hijo á la pena que le había causado la marcha de su indigno amigo; y no queriendo agravársela hablando otra vez de la ocurrencia, se limi-

tó á explicarle lo que tenía que hacer con Mokó, y se retiró á su gabinete.

La certeza de no tener que verse obligado á sincerarse, ó más bien á acusarse confesando la verdad, no calmó en nada la intranquilidad de su ánimo, ni la angustia interior que sentía. Si sus temores de no tener que hacer una confesión le tranquilizaban, su conciencia, por eso no estaba tranquila; de modo que para él fué más bien un motivo de angustia y malestar que de satisfacción, el no verse sospechado.

VI

El papagayo no tardó en curarse; pero no por eso se mostró más alegre Valentín.

Hasta ahora, no había sabido lo difícil que es el vivir tranquilo teniendo la conciencia cargada con el peso de una grave mentira. El buen resultado mismo de su negación era su propio castigo. Verse honrado con una confianza de que no se sentía digno y que no merecía, mientras que su inocente amigo se veía despreciado, eran dos cosas que le causaban á él un tormento continuo, que le torturaban lo mismo de noche que de día. El estudio mismo á que se dedicaba con un ardor febril no le servía de consuelo, ni le distraía. Tenía su fisonomía algunas veces una expresión tan triste y dolorosa que sus padres atribuían aquel dolor interior á la pena que le había causado la ausencia y la pérdida de la

amistad de Emilio : y como le querían entrañablemente, hasta le dijeron que por su parte, le perdonarían y volverían á recibirle en casa lo mismo que antes : pero Valentín no aceptó este ofrecimiento. Sabía bien que para él no había más que un solo medio de volver á conquistar la amistad y la estimación de su amigo, pero no se sentía con ánimo suficiente para ejecutarlo.

Una tarde que había ido con su madre á pasearse por los Campos Elíseos, al acercarse á un grupo de jóvenes de su edad que él conocía, vió á Emilio. Á Valentín se le oprimió el corazón al verle y reparar que su antiguo amigo tenía el aire bien triste. Le dirigió una mirada suplicante y humilde; pero Emilio, al verle, volvió bruscamente la cabeza á otro lado. Valentín rogó entonces á su mamá que llamase á Emilio y le volviese á traer á casa. Tenía tan alterada la voz por la fuerte emoción que sentía, que su madre, al verle en aquella situación, se alarmó, y le preguntó si se sentía malo.

— Me duele mucho la cabeza, le contestó, sin saber apenas lo que se decía.

— Trabajas demasiado, hijo mío, le dijo su mamá. Felizmente que ahora van á venir las vacaciones.

Valentín no respondió una palabra. Tan pronto como volvió á casa corrió á encerrarse en su cuarto. La vista de Emilio y su actitud, habían excitado sus remordimientos hasta el último paroxismo. Conoció que no podía continuar viviendo de aquel modo, y que le era necesario poner término á una situación tan violenta.

— No, exclamó con energía; quiero hacer cesar una infamia y cobardía.

Y abriendo con vehemencia la puerta de su cuarto, se dirigió, con pasos precipitados y con aire resuelto, al gabinete de estudio de su padre.

VII

El cirujano se hallaba en él, precisamente, y Valentín entró resuseltamente.

— Padre, le dijo, con voz trémula; ¿me podéis escuchar un momento? Tengo que deciros una cosa muy grave.

— Habla, hijo mío, le respondió su padre, no poco sorprendido.

— Padre, continuó entonces diciendo Valentín en alta y clara voz; he cometido una falta gravísima, y me he hecho indigno de vos... No fué Emilio el que arrojó el libro contra Mokó y le rompió la pata... no fué Emilio quien os engañó... he sido yo...

— ¡Tú!, exclamó el cirujano con un acento en que iban expresadas la sorpresa, la indignación y el dolor.

Se quedó mirando largo rato y silenciosamente la figura descompuesta del joven y arrepentido penitente. Con el codo apoyado sobre su bufete, y con la mano puesta sobre su frente, sin proferir una sola palabra mira de hito en hito á su hijo que continúa haciendo la confesión de sus culpas, y que está penetrado y conoce todo el dolor que causa á su padre. Le parecía á cada momento al joven que iban faltándole las fuerzas y que

iba á desmayarse; y, sin embargo, según y conforme iba haciendo su confesión y descargando su alma del peso que la oprimía, experimentaba una especie de alivio, y de tranquilidad desconocida. Tal es la ley divina del bien que quiere que el cumplimiento de un



¡ Padre ! continuó diciendo Valentin, he cometido una falta gravísima (pág. 59).

deber vaya acompañado y nos procure una satisfacción interior, un consuelo.

— ¡ He sido yo !, repetía; pero no quería nunca reconocer, ni confesar mis faltas, y había contraído la pésima costumbre de disculparme diciendo siempre : « No he sido yo... » Mokó, á fuerza de oirme decir tan á menudo estas palabras, las había aprendido y las repetía continuamente... Esto me encolerizó y... le tiré

mi libro encima... y yo he dejado afrentar, sin decir una palabra á un generoso amigo que prefirió dejarse reprender más bien que denunciarme... he abusado de vuestra confianza, ¡oh! padre mío, como un cobarde miserable. Castigadme, porque necesito expiar el mal que he hecho, y merecer de nuevo vuestra estimación, con ese castigo...

Por la actitud que el padre conservaba se conocía que estaba sufriendo interiormente un terrible combate. La mano en que apoyaba su frente estaba trémula, y sus labios, trémulos también, guardaban un profundo silencio que se prolongó bastante tiempo. Alzó, al fin, la cabeza, y entonces se vió que sus ojos estaban humedecidos con las lágrimas que corrían por ellos.

— No, dijo, al fin, con un tono indescriptible; no te castigaré, ni te retiraré tampoco mi cariño. Bastante has sufrido tú mismo al conocer tu modo de obrar indigno; has confesado tu culpa, y esto es una garantía de que no volverás á cometerla jamás en lo sucesivo: todavía eres mi hijo. Si yo hubiese llegado á saber la verdad de lo ocurrido por otro medio ó por otra persona que tú mismo, entonces nunca hubiera podido perdonarte; pero tu animosa resolución y tu confesión sincera me prueban la nobleza de tu corazón y tus buenos sentimientos. Pero hay otro individuo á quien debes una reparación; ese es tu amigo, es Emilio. Estoy seguro y persuadido de que no es poco lo que él ha sufrido, y tu corazón necesita obtener su perdón.

Valentín se apoderó con trasporte de la mano de su

padre, se la llevó á sus labios y cayendo ante él de rodillas, exclamó con sus ojos arrasados de lágrimas :

— ¡ Qué bueno sois ! ¡ qué bondadoso sois, oh padre mío !

Su padre le levantó con dulzura.

— Ya sabes ahora, le dijo, cuánto nos bumilla y nos rebaja la deslealtad. La injuria y el insulto mayor que puede hacerse á un hombre es la de decirle : « mentís », porque equivale á decirle : « ¡ vos no sois un hombre ! » y las injurias de esta especie, como lo sabrás y lo verás más tarde, no se lavan sino con sangre, porque se aprecia en más la buena reputación y la lealtad, que la misma vida... Y ahora ven conmigo, que ya es tiempo de ir á desagraviar al pobre Emilio, sacrificado tantas veces.

— ¡ Oh ! sí, sí, padre mío, exclamó Valentín extremamente conmovido, ¡ vamos vamos inmediatamente !

El padre y el hijo se fueron en seguida á casa del antiguo amigo, y fué el ilustre cirujano mismo el que explicó á Emilio el objeto de su visita.

— ¿ Me perdonas, Emilio ? dijo Valentín sollozando.

— ¿ Y me preguntas eso ? le contestó el generoso joven, arrojándose en sus brazos.

— Permitidme también á mí que os abrace, le dijo

el padre de Valentín, porque yo mismo he sido bien injusto con vos, querido niño; pero no me queréis mal por eso ¿no es verdad?

Contentísimos los dos amigos de volverse á hallar otra vez reunidos, quisieron acabar juntos aquel día, día que formó época en su vida por la satisfacción cordial de que estaban poseídos sus nobles corazones, y por los indelebles recuerdos que dejó impresos en sus almas. Reconciliado Valentín consigo mismo, desembarazado y libre de la cadena que le tenía sujeto á un pasado vergonzoso, se sentía regenerado, feliz, y su corazón rebosaba de alegría; y recordando los buenos que habían sido para él, no podía mirar á su padre y á su amigo sin sentirse conmovido, y sin que sus ojos se llenasen de lágrimas de enternecimiento.

Cuando se hallaban en medio del festín que se improvisó para celebrar este acontecimiento, se oyeron unos golpecitos secos en la puerta.

— ¿Quién está ahí? ¿quién ha llamado?

— No he sido yo, respondió una vocecita ronca bien conocida de todos, y nuestro charlatán Mokó, completamente curado, se presentó á reclamar su parte del festín.

Todos, al oírle y al verle, se echaron á reír. Valentín se puso más colorado que un tomate, pero se echó también á reír lo mismo que los demás. Mokó fué á encaramarse sobre uno de sus hombres, y no tuvo por qué

quejarse de la buena acogida que recibió, pues todos á porfía le hicieron mil obsequios.

Creo que esta fué la última vez que pronunció aquellas palabras, porque como era tan hablador y tenía una predisposición tan natural para aprender muchas de las palabras que oía repetir, no tardó en reemplazar el « no he sido yo » por otras nuevas frases que le hicieron olvidar aquélla que estuvo á pique de costarle la vida; olvido que le fué mucho más fácil por no haber vuelto nunca jamás á oirla.





En el vallado rústico de una humilde casita de labrador (pág. 65)

HISTORIA DE UN ROSAL

DE UN LAGARTO

DE UNA MARIPOSA Y DE UN PINO-PARASOL

I

En el vallado rústico de una humilde casita de labrador situada en las inmediaciones de Nápoles, crecía un espeso rosal que no producía sino muy raras flores,

pero sí abundantes espinas. Á pesar de esta aparente y engañosa frondosidad, y no obstante la suavidad del clima y lo mucho que lo cuidaban, tenía un aspecto tan particular, y casi tan enfermizo, que todos cuantos le veían no podían menos de decir : « He ahí un arbusto que no se encuentra bien aquí ».

En uno de esos días tan frecuentes en aquel hermoso país, en que suele reinar ese viento tórrido llamado *siroco*, el cual con su soplo abrasador hace secar las hierbas, marchita las flores y las plantas que embellecen la campiña, el rosal estéril y enfermizo presentaba un aspecto mucho más lastimoso. De sus ramas combatidas y plegadas por las furiosas ráfagas del viento abrasador, pendían sus hojas mustias, y entre ellas, fuertemente agarrada á aquéllas con sus patitas y antenas, buscaba un refugio y hacía los mayores esfuerzos para sostenerse y no ser arrastrada por el impetuoso viento, una mariposa de doradas alas. No parecía hallarse muy contenta, y miraba con envidia á un grueso lagarto verde que, extendido cuán largo era en un recodo que hacía la desquiciada piedra de una pared vieja, estaba gozando con la mayor tranquilidad el abrigo del tempestuoso viento, de los ardientes rayos del sol, sin hacer ningún movimiento.

— Me parece que eres bien dichoso, le dijo la mariposa al verle, porque tú eres el único á quien no incomoda ni hace daño un tiempo tan horrible como éste.

— ¡ Yo dichoso !, le contestó en tono indignado el lagarto. ¿ Y por qué soy yo dichoso ? díme ¿ es porque ese sol me recalienta ahora un poco después de haberme tenido tanto tiempo sin enviarme sus rayos ? ¿ pues no veis que este calor insólito, que este viento furioso nos

van á traer en seguida torrentes de lluvia? Mira aquellas nubecillas que asoman la cabeza allá abajo; tan pronto se calme el viento, se trasformarán en gruesos nubarrones que descargarán sobre nosotros torrentes de lluvia, y henos otra vez sumidos en esa horrible humedad que tanto me hace padecer.; Yo dichoso! para que yo lo fuera, me habría sido necesario el haber nacido en otro pellejo, en otra tierra.

— Sin embargo, le replicó la mariposa, algo tímida-mente, me parece que en este país gozas de un clima bastante bueno.

— ¿Qué sabes tú?, le contestó el lagarto agriamente. Estás muy equivocada, porque no se pasa un día sin que yo deje de padecer más ó menos. Y, sin embargo, ¿qué es lo que yo necesito para ser dichoso? casi nada. Un buen sol, un nido bien abrigado y caliente, algunas moscas para mi alimento, y unas cuantas gotas de agua para mi bebida. Es verdad que tenemos á menudo ese sol, pero ¿no tenemos también ese *tramontana* que nos hiela hasta la médula de los huesos, á pesar de todos los soles, y el siroco, no se lleva á lo lejos á todos los insectos, y hace secar todos los charquitos de agua? De modo que tan pronto sediento, tan pronto helado por el viento del norte, tan pronto inundado por un aguacero, he ahí cuáles son las agradables alternativas en que vivo continuamente.

— Pero esas desagradables alternativas no suceden á menudo, le replicó la mariposa.

— Siempre, y con demasiada frecuencia. ¿Qué me importan esos hermosos días en que yo he gozado un poco de la vida, y qué me queda de ellos cuando llegan los días malos en que no siente uno con gusto para

nada? Mira, amiga mía, no creas que son los demás más felices que tú. Por mi parte, te digo que si me diesen á escoger, preferiría la suerte de las mariposas á la mía.

— ¡ Oh ! bien pronto te arrepentirías le contestó la mariposa dando un gran suspiro.

— ¡ Cómo ! ¿ y por qué ?

— Yo no quiero hablar de esos torbellinos de viento que me hacen dar vueltas como una veleta ó como un molino, y que me llevan adonde yo no quiero ir. Eso me importaría poco si yo encontrase en esos parajes el medio de recoger buen botín, y hacer, según mi gusto, una buena cosecha.

— Lo que me dices me admira, replicó el lagarto, porque yo veo flores en este país durante todo el año.

— Cierto es. Desde el día primero de Enero hasta el último día de Diciembre, siempre hay algunos arbustos, algunas hierbas en flor, pero ; vaya unas flores ! todas tan comunes y siempre las mismas. La aridez del suelo y el viento del mar no dejan crecer sino muy pocas especies en cada estación, y esas especies son tan poco variadas, que bien pronto está una harta de ellas.

« Tú no te imaginas, ni puedes tener idea, tú que eres un traga-insectos de toda especie, el gran tormento que se sufre viéndose obligada á tener que revolotear y posarse siempre sobre los mismos cálices durante tres meses, á menos que no se prefiera alejarse á una gran distancia para variar un poco. ¡ Ah ! ; por qué no habré yo nacido en uno de esos jardines en los que, según se dice, hay una multitud de flores bellísimas de brillantes matices, de suaves perfumes, y tan abundantes y variadas

que no hay nunca necesidad de volver á posarse sobre la misma flor ! »



El hermoso árbol escuchaba la extraña conversación (pág. 71).

— No eres muy galante ni amable con nosotros, mariposilla, dijo á su vez el rosal; pero te perdono. Tienes mucha razón : las flores no son aquí abundantes, y demasiado sé yo la causa de esta escasez. ¿Cómo es posi-

ble el encontrarse bien en esta tierra ingrata, y con un cielo inclemente? El lagarto se queja de la humedad, y yo no sé verdaderamente en dónde la encuentra.

« Es verdad que dos ó tres veces en invierno, precisamente cuando no se necesita el agua, caen inmensos chaparrones, á los que mis pobres raíces piden gracia, pero esos aguaceros hacen más mal que bien, y luego, ¡son tan raros! Durante lo restante del año casi podría contar las gotas de agua que vienen á refrescarme, y Dios sabe si tengo gran necesidad de ello cuando esas brisas cálidas me han sacudido desde los pies á la cabeza.»

— Qué, ¿no te riegan nunca?

— ¡Qué irrisión! ¿de qué sirve el agua de una regadera para una tierra tan sedienta como ésta en que yo estoy? Eso no sirve más que para hacerme sentir mi sed de una manera más viva. Por eso estoy yo poco dispuesto á hacerme frondoso. ¡Yo adornarme con flores, á manifestar lozonía!... De ninguna manera. No es mi suerte tan feliz en este mundo para que esté contento con ella.

II

No muy lejos de allí había un gran pino aparasolado cuyo tronco parecía hallarse fijo en una roca que dominaba el cercado. Este pino era la imagen de la fuerza en toda su plenitud. Sólidamente arraigado sobre un majestuoso pilar, desplegaba á una grande al-

tura sus ramas vigorosas y su copa de follaje. Se hacía notar el color verde de su ramaje en el obscuro azulado del cielo, y la sombra que proyectaba se extendía á una gran distancia. El viento se estrellaba contra él sin poder menearlo; sacudía sus ramas sin conseguir romperlas ó desgajarlas, produciendo únicamente un ruido sonoro al pasar por entre ellas, ruido ó rumor que daba á aquella soledad una armonía grandiosa.

Este rumor había cesado mientras que la mariposa, el lagarto y el rosal exponían sus quejas y lamentaciones en el jardinillo del cercado, porque el hermoso árbol escuchaba su extraña conversación; pero tan pronto como el rosal cesó de hablar, volvió á dejarse oír el rumor del vasto follaje, pero de una manera tan fuerte y tan articulada, esta vez, que se hubiese creído oír los acentos de una voz. Y, en efecto, el pino hablaba á su vez : y nuestros tres interlocutores le oyeron decir clara y distintamente estas palabras :

— ¡ Héos ahí, pues, bien desgraciados !, decía con una voz atronadora que tenía un no sé qué de irónica y burlona : Ese pobre lagarto tiene durante todo el año sol y calor, y no se ve obligado como los lagartos del Norte á pasar la mayor parte del año encerrado en obscuras rendijas, y respira siempre el aire : diga lo que quiera, lo cierto es que nunca le faltan moscas para alimentarse, y por causa de solos unos ocho ó diez días de humedad y de frío que pasa durante todo el año, se queja de su suerte, y maldice su destino.

« He ahí á esa mariposilla delicada que, en los meses de Diciembre y Enero puede extender sus alas, revolotear en una atmósfera templada, posarse sobre arbustos floridos, en vez de perecer sepultada debajo de

la nieve, que gime y se lamenta porque no tiene una inmensa y variada colección de flores á su disposición.

« En cuanto al rosal, éste no deja de tener algo de razón en lo que dice, porque la lluvia no es aquí frecuente; pero, en cambio, ¿no le cuida con esmero su jardinero que lo riega, lo poda, lo limpia, lo desembaraça de las ramas chuponas ó inútiles, remueve la tierra en que está plantado, lo refresca y lo abona, y á quien él, en retribución de tanto esmero no le da ni siquiera una rosa cada mes, bajo el pretexto de que un cubo de agua no vale un buen chaparrón?

« ¡ Ah ! amigos míos, no os dediquéis tanto á buscar lo que hay de desagradable en las cosas buenas, y gozad y disfrutad lo que hay de bueno en las cosas desagradables. ¿Cuál es la situación que no ofrece sus inconvenientes? ¿En dónde podríais estar mejor vosotros que bajo este hermoso cielo de Italia, en esta opulenta campiña de Nápoles en donde reina siempre un verano perpetuo? Creedme, la tristeza de vuestra vida no consiste en esas circunstancias exteriores que acabáis de enumerar, sino que procede de esa inclinación vulgar y tan común que vosotros tres tenéis de encontrar malo lo que se posee; de lamentarse de su suerte, y de envidiar la de los demás. ¿Qué sería de mí, Dios mío, si yo hubiera hecho como vosotros? Yo no había pedido, seguramente, el nacer en una roca árida adonde trajo el viento la grana de que yo he nacido : mi infancia y mi juventud no han sido sino una lucha continua; he pasado ese tiempo en medio de privaciones de las cosas necesarias para mi existencia. La roca no me daba la tierra vegetal que yo necesitaba para mi alimento; el viento abrasador secaba continuamente mis reto-

ños y yemas nuevas; no había ningún jardinero compasivo que se cuidase de venir á ofrecerme una gota de agua de que yo estaba tan sediento. Pues bien, ¿qué es lo que yo he hecho? « poner contra mal tiempo buena cara », como vulgarmente se dice : me he aprovechado de cada hendidura y rendija de la roca para meter en ellas mis raíces; me he contentado con los rocíos de la noche para apagar mi sed; he recogido, por aquí y por allí, cuantos jugos nutritivos he podido; he vuelto á hacer retoñar mis yemas siempre que el viento me quemaba las primeras, y he luchado con constancia y con tenacidad, sin tenerme por desgraciado por eso, y ya veis cómo he crecido, cómo he triunfado, y cuán frondoso y majestuoso me encuentro. La lluvia me hace falta bien á menudo, pero he aprendido á vivir sin ella; el viento me maltrata otras veces, y yo me sirvo de ese mismo viento para hacer resonar el armonioso cántico de mi follaje, y para extender y llevar muy lejos las simientes de mis fecundas piñas que tanto gustan á los hombres, y propagar con ellas en los campos nuestra raza valiente. »

El pino cesó de hablar, y volvió á continuar la canción misteriosa de su follaje interrumpida por unos momentos. El lagarto y la mariposa comprendieron la poca justicia y menos razón con que se lamentaban de su suerte, mucho mejor sin comparación y más feliz que la del corpulento pino. No se sabe si en lo sucesivo volvieron á quejarse de ella, y se corrigieron de esa especie de vicio ó de manía, porque los seres descontentos por sistema pierden difícilmente esa costumbre. Lo que sí se sabe de cierto es que desde aquel día, el rosal se despojó de su raquítico manto y cambió de aspecto,

tomando otro más risueño, y que, desde el 1.º de Enero hasta el 31 de Diciembre, se mostró agradecido con su jardinero, cubriéndose continuamente de botones y de flores, á semejanza de lo que hacen los demás rosales de aquella tierra de sol y de tan hermoso cielo.





Aprende primero, dijo la abeja maestra, á elegir bien
tus plantas... (pág. 79.)

HISTORIA

DE

UNA ABEJITA

I

En una de las hermosas mañanas del mes de Mayo, oíase un alegre zumbido en el interior de una colmena; zumbido producido por un enjambre de pequeñas abejas que habían nacido no hacía mucho tiempo.

Este nuevo enjambre era la familia de la reina. Su Majestad abejina contemplaba con delicia y con satisfacción, y no con menos enternecimiento sus numerosas hijas, mientras que sus doncellas y las maestras, encargadas de la educación de la nueva prole se ocupaban con su laboriosidad acostumbrada en los quehaceres de la casa.

— Hoy hace un día hermoso, dijo la reina, dirigiéndose á las infatigables obreras; me parece, hijas mías, que deberíais suspender vuestras labores y aprovechar las horas de calor y de luz para iniciar á vuestras discípulas en las obras de la campaña.

Esta proposición fué recibida con redoblados zumbidos de entusiasmo por las jóvenes abejas, y las doncellas de honor de la reina y las obreras se apresuraron á obedecer, conformándose con los deseos manifestados por aquélla.

Cada una de ellas tomó á su cargo una de las nuevas abejitas, y al cabo de unos cuantos minutos, maestras y discípulas se hallaron todas fuera de la colmena.

Esta salida era la primera que hacía el nuevo enjambre, el cual había vivido hasta entonces en la obscuridad de la colmena, de modo que cuando la nueva prole se halló fuera, quedó deslumbrada, no sólo por la resplandeciente luz del sol, sino por el majestuoso espectáculo de la naturaleza. Las cosas más simples y comunes que las nuevas abejas veían en el campo les causaban una admiración indescriptible, y sus maestras y guías apenas podían responder sin reírse á las innumerables y sencillas preguntas que sus discípulas les hacían.

La más jovencita de estas abejas que era, al mismo tiempo, la más vivaracha y la que mostraba más ta

lento é inteligencia que todas sus hermanitas, expresaba su admiración y su curiosidad del modo más original. Esta abejita era objeto de mayor atención y cuidado por parte de las maestras, lo uno por ser la más joven de todas, y lo otro por cierta predilección con que la miraba la reina; y por esta razón se le había dado por aya y maestra la obrera más afamada de la colmena, tanto por su habilidad, como por su talento y su buen genio, encargándole que no perdonase medio alguno para inculcarle y enseñarle bien el arte maravilloso de la fabricación de la miel y la cera.

Mientras que la nueva prole se dispersaba zumbando y dividida en grupos en diferentes direcciones, la benjamina, la niña mimada de la colmena acompañada por su aya, se había dirigido á una pradera esmaltada de flores, sin dejar de charlar continuamente mientras iban volando.

— ¿Qué es esto?, decía; ¡ qué grande es esta colmena, exclamaba, en donde estamos volando! ¡ qué alto es ese techo azulado que la cubre! Yo quisiera saber para qué sirve esa grande hoguera que está colgada en ese techo, y cuyo fuego me calienta tanto. ¿Cómo se llaman esos grandes palos vestidos de verde que menean tan suavemente sus brazos largos? ¡ Tate! ¡ vaya unas abejas bien singulares con unas alas tan grandes y tan pintarrajadas de colores! huelen muy bien, pero me parece que están sujetas por las patas.

Así era cómo, sin cesar y sin esperar la respuesta á sus preguntas, designaba el cielo, el sol, los árboles y las flores. Éstas particularmente á quien ella consideraba como hermanas suyas, la cautivaban.

No era muy fácil el instruirla y enseñarla, no dando

lugar, como no daba, á que se la respondiese á todo lo que preguntaba. Sin embargo, su maestra trató de explicarle las maravillosas cosas en medio de las cuales viven las criaturas de Dios. Le dijo lo que ella sabía sobre el cielo, lo que había aprendido acerca de las plantas, de los árboles y del sol, de aquella grande hoguera como la inexperta abeja lo llamaba, que es el que hace los días hermosos, el que alegra la naturaleza, viste los árboles de hojas y produce las flores perfumadas en cuyos cálices está encerrada la miel que le gusta tanto á las abejas.

La discípula escuchaba con poca atención las explicaciones que su maestra le daba, porque le trotaban muchas cosas por la cabeza y no le permitían seguir el hilo de un discurso; sin embargo, al oír la palabra «miel», la gran golosa que conocía muy bien este manjar delicado y delicioso que á ella le gustaba mucho, se paró y prestó un oído más atento.

— ¡Cómo! exclamó; ¿pues qué, son las flores las que dan la miel? ¿son esas abejas tan bonitas que parece que van á echarse á volar? Vamos, decidme pronto, amiga mía, lo que es necesario hacer para que yo misma vaya á pedirles un poco de miel en seguida ¿Es muy largo y muy difícil?

— No es ni largo, ni muy difícil, le respondió su aya. Solamente es preciso poner mucha atención, porque si no te expondrás á hacer muy mal negocio.

— Pues bien, entonces, empecemos, dijo la aturdida; yo no soy enteramente tonta y ya veréis qué pronto aprendo.

II

Las dos abejas se hallaban en un escampado cubierto por todas partes de flores. El botón de oro de corola lustrosa, las margaritas blancas y doradas, la encendida amapola, el azulado aciano, erguían sus cabezas en medio del césped. La madreselva con su cáliz inclinado, la clemátida, vulgarmente llamada muermera ó hierba pordiosera, entrelazaban sus frágiles ramas entre los matorrales; el dorado renúnculo, el morado azafrán silvestre y el miosotis de azulados ojos crecían en el borde de los arroyuelos; y, en fin, por todas partes tanto al pie de los árboles como á la sombra y al abrigo de las zarzas y de los espinos de los cercados se veían otras mil florecillas cuyos cálices y corolas ó perfumadas ó brillantes, aguardaban la visita de los huéspedes alados para prodigarles sus jugos azucarados.

— Aprende primero, dijo la maestra, á elegir bien tus plantas.

— ¡ Oh ! eso es muy fácil.

— Nada es fácil cuando se quieren hacer las cosas bien. Hay ciertas flores muy parecidas entre sí, cuya diferencia apenas se distingue, y que, sin embargo, tienen propiedades bien contrarias. Esto voy á explicártelo : escúchame atentamente.

Llevando en seguida á la joven abeja de flor en flor,

la maestra le fué explicando las diferentes cualidades de cada una de ellas.

« Ésta, le fué diciendo, encierra en su cáliz el jugo para fabricar la miel tan dulce; esa contiene el néctar que le da sabor; aquélla el perfume que la aromatiza; esta otra el licor que la hace incorruptible; mientras que, al contrario, hay otras muchas flores que contienen las unas un licor que haría la miel amarga, y la echaría á perder, ó bien un jugo venenoso que la haría nociva, ó algún otro líquido que la haría impura, y enturbiaría su limpidez.

Al mismo tiempo le enseñaba también las precauciones que era preciso emplear para extraer los jugos favorables de cada planta, sin que se alterasen, la cantidad que debía emplearse proporcionalmente y extraerse de cada una de ellas para fabricar la miel, y la manera de distinguir entre las flores desconocidas aquellas cuyos jugos debían chuparse, y las que debían evitarse.

La abeja maestra explicaba á su joven alumna estos preceptos tan preciosos, como interesantes, con una claridad y precisión admirables. Mas cuando la atmósfera es pura, y templada y atractiva la brisa, á una abeja joven y aturdida le es muy difícil el fijar su atención en las lecciones que se le dan, por interesantes y atractivas que sean. Así sucedía con frecuencia que, antes que la maestra hubiese concluído la frase empezada, la atención de su alumna se había fijado en otra parte. En lugar de examinar y reconocer con atención y cuidado las flores que aquélla le indicaba, se distraía mirando á todas partes.

La paciente maestra insistía, repetía con mayores de-

talles lo que antes le había explicado; recalcaba cien veces las mismas frases, esperando que, á fuerza de repetírselas, su joven oyente retendría, sino todas las observaciones, á lo menos una gran parte; pero cuando le hacía alguna pregunta sobre las explicaciones que le había dado, no podía menos de reconocer que había sido tiempo perdido, y que había hablado en balde.

— Puesto que retienes tan mal todo lo que te enseño, dijo la prudente abeja maestra, no me queda más que un medio para obligarte á aprender : este medio es el de que empieces á poner en práctica lo que te he dicho.

— Con muchísimo gusto, respondió la joven abeja. Yo no sé responder á las preguntas que me hacéis, pero yo sé bien lo que tengo que hacer, y á la prueba me remito, ya lo veréis.

No bien había acabado de expresarse así, cuando, segura de sí misma y llena de confianza, empezó á recorrer las flores. Desplegando sus alas, zumbando como un trompo, va de una á otra flor sin prestar mucha atención en la clase de éstas, volando á derecha é izquierda sin tino ni concierto, distrayéndose con las menores cosillas nuevas que encuentra en su desconcertado merodeo. La maestra la seguía y la acompañaba, haciéndole observaciones unas veces, y otras reprendiéndola.

— Lo que estás haciendo es divertirme, le decía, y esto no es un juego.»

Pero ella se reía por lo bajo de sus amonestaciones y consejos, y la dejaba decir cuanto quería sin hacer el menor caso de ello, aparentando no oír. De modo que al ver el poco fruto que sacaba y la ninguna mella que

hacían sus razones en la mollera de su joven educanda, tomó el partido de callarse.

— Ya he acabado mi tarea, dijo la joven abeja al cabo de algunos momentos.

— ¡Acabado ya!, exclamó la maestra con la mayor sorpresa; y en seguida añadió maliciosamente : Pues bien, volvamos á casa y allí examinaremos la obra que has hecho.

III

Ya las estaban esperando en la pequeña república. Todas las demás abejas habían entrado en la colmena, y se iba á proceder al examen de las labores hechas por las jóvenes aprendices; operación y ceremonia muy solemne siempre y muy interesante para toda la comunidad alada que habitaba en la colmena.

Las antiguas y viejas maestras se colocaron en círculo alrededor de la reina para formar el tribunal de censura; y cada joven obrera no poco intimidada por la multitud de tantos jueces censores, iba presentando sucesivamente la labor que había hecho, el botín que había recogido en su primer día de salida al campo. Examinada la labor, se la alababa ó se la desechaba según era la calidad de su cosecha; pero como es tan poderoso el instinto del trabajo en estos pequeños seres, hubo muchas más alabanzas que dar, que censuras que hacer.

Cuando le llegó el turno á nuestra heroína, hubo un

movimiento muy marcado de atención y de curiosidad en toda la asamblea. Se sabía la predilección que tenía la reina por su última y más pequeña hija, y cómo se había formado una grande idea de su talento é inteligencia, todos los habitantes de la colmena se esperaban á ver maravillas.

La joven obrera se adelanta, no sin algún embarazo, y presenta al examen su cosecha : las examinadoras la prueban metiendo ligeramente sus trompas en el líquido elaborado, y en seguida, haciendo un gesto horrible arrojan á lo lejos la gotilla que han gustado, exclamando :

— ¡ Esto es veneno ! ninguna de las mezclas que hemos probado es tan detestable como ésta.

Un zumbido burlón se hizo oír en seguida en toda la colmena. La obrera condenada, se quedó fija como un mármol en el mismo lugar llena de confusión y de vergüenza.

Su maestra permanecía silenciosa al lado de la reina que se mostró muy irritada.

— ¡ Cómo es, exclamó la soberana, en tono de repri-menda, que tú que comprendes tan bien las cosas, y las retienes tan fácilmente, hayas podido hacer una labor tan detestable !

La culpable petulante no respondió una palabra, y su maestra creyó que debía intervenir en su favor diciendo :

— Ya lo hará mejor otra vez, la señorita. Ha encontrado la labor tan fácil que no ha querido hacer ningún esfuerzo prestando una atención seguida á lo que hacía, y ya sabe Vuestra Majestad que todo el talento del mundo y toda la inteligencia sirven de bien poco, sino

se pone atención en lo que se hace; y la obrera más hábil de nuestra colmena ló habría hecho tan mal, obrando de esa manera.

— Más hubiera valido, replicó la reina, el no haber trabajado nada, que el trabajar de esa manera, porque á lo menos no habría perdido el tiempo.

« Espero que en lo sucesivo, señorita, continuó diciendo, lo que acaba de pasar te servirá de lección provechosa que te convencerá de la necesidad que tenemos de poner más atención en lo que hacemos. Retírate, y trata de no exponerte en lo sucesivo á afrentas y mortificaciones de esta naturaleza. »

La joven abeja se tuvo por muy dichosa con poder ir á ocultar su afrenta en el rincón más oscuro de la colmena. Allí estuvo recordando tristemente todos los incidentes de aquel día que había empezado tan bien, y concluído de tan mala manera. Pero pasados algunos momentos en esos tristes pensamientos, la ligereza de su carácter, que es tan común en su edad, le hizo olvidar lo ocurrido y no tardó en presentarse otra vez en medio de sus compañeras para tomar parte en los juegos y recreaciones que se hacían por la noche en la colmena, para descansar de las labores del día, mostrándose una de las más alegres.

IV

La regla establecida en la colmena era la de que pasados quince días de aprendizaje durante los cuales las

jóvenes obreras trabajan acompañadas por sus maestras, éstas las dejasen trabajar solas, y aquéllas harían las labores por su cuenta.

Teniendo una institutriz tan perfecta, con su viva inteligencia, nuestra pequeña educanda hubiese debido ocupar muy pronto un lugar distinguido entre las primeras obreras; y, sin embargo, no sucedió nada de eso. Durante su aprendizaje, había aprendido tan poco por la falta de atención que ponía en las observaciones que su maestra le hacía, que no sabía hacer más que lo que enseña la práctica repetida de una cosa que se hace maquinalmente. Además de eso, sacaba tan poco provecho de esa misma práctica por la falta de atención que ponía en ella, que nunca llegaba á hacer una labor perfecta; y sabido es, que por mucho talento é inteligencia que se tenga, si no se fija la atención en lo que se hace, nunca se consigue hacer nada bueno. Esto es tan cierto, que todos los días se está viendo que así en los hombres como en los animales, algunos de ellos que se hallan menos favorecidos con las dotes de la inteligencia, suplen con su cuidado y atención lo que les falta bajo aquel aspecto, y sobresalen á los más inteligentes haciendo obras más perfectas.

Mientras tanto se acercaba una época célebre en los fastos de la industriosa república : todos los años en aquella estación, se escogían las mejores obreras y se las enviaba á un vergel que se hallaba á cierta distancia en donde había un gran plantío de naranjos cuyas flores abiertas ofrecían una rica y abundante cosecha de jugos dulces y perfumados. Esta expedición de componía especialmente de abejas experimentadas, es

obreras sobresalientes, y la víspera de emprenderla, la reina elegía algunas de las nuevas obreras que, por su esmero y aplicación, se habían distinguido en la fabricación de la miel y de la cerca. Después de haber examinado sus recientes productos, la reina designaba las jóvenes que debían acompañar á sus mayores en la excursión al vergel de los naranjos.

Todas se esmeraban por merecer tal distinción, y animadas de una honrosa emulación, según y conforme se acercaba el día del examen de sus labores, se esforzaban por hacerlas más perfectas. Nuestra abejita deseaba con el ansia más viva formar parte de esta expedición de la que sus hermanas contaban mil maravillas.

Pero como había aprendido tan poco, por su falta de atención y sobra de ligereza, y sabía trabajar tan mal, temía no ser elegida, á pesar del cariño de la reina.

— ¡Oh! mi buena maestra, exclamaba; ¡cuánto siento ahora el no haberme aprovechado mejor de vuestras lecciones, y vuestros sabios consejos!

— Hay uno, le dijo su antigua maestra, que yo puedo darte todavía en el que están encerrados y compendiados todos los demás.

— ¿Cuál?

— El que, sea lo que quiera lo que hagas, no pienses más que en lo que estás haciendo.

— ¡Ah! bien difícil es eso, pero trataré de hacerlo.

V

Pocos días faltaban para que llegase aquel en que las jóvenes postulantes presentasen sus labores, á fin de



Pero he aquí que llega otra mariposa acompañada por la primera... (pág. 89).

merecer ser elegidas para la grande excursión.

Se estaba á fines de la primavera, y la proximidad del verano daba á toda la naturaleza un brillo y una hermosura extraordinaria. Por todas partes no se veían más que flores, y así los jardines como la cam-

piña ofrecían un golpe de vista encantador y delicioso, bañados por los resplandores de la luz del sol.

La pequeña abeja salió de la colmena con la firme intención de sobrepasarse á sí misma y trabajar de modo á hacer una maravilla. Ante las riquezas de una vegetación tan frondosa y opulenta, y con un tiempo tan magnífico, su trabajo se le representaba lleno de encantos y delicias. Así fué que salió una de las primeras de la colmena y se puso á recorrer el campo en seguida.

— Con un día tan hermoso como éste, se dijo á sí misma, voy á trabajar con calma y con asiento, sin apresurarme, y como una verdadera y antigua obrera. De esta manera, aunque tarde algo más, no cometeré tantos errores, y haré una obra buena.

Empezó, pues, á trabajar con lentitud calculada, parándose á cada instante para reflexionar mejor en lo que hacía. Obrando de este modo, no podía confundirse ni equivocarse con tanta facilidad. Pero es el caso que, cuanto más lentamente se hace una operación, tanto más difícil es el dominar la imaginación y fijarla exclusivamente sobre ella. La de nuestra obrera que, por naturaleza, era esencialmente ligera y vagamunda, no tardó en hacer algunas infidelidades, no ocupándose de una obra que duraba tanto y que adelantaba tan poco. Empezó á pensar en aquello que tenía por objeto lo que estaba haciendo : esto es, en la excursión.

« ¿Cómo sería aquel vergel tan ponderado? ¡Ah! ¡qué dichosa debía encontrarse en él! ¡Debía ser verdaderamente encantador y delicioso el recorrer y posarse sobre esa multitud de flores blancas tan bellas y perfumadas! » Y la soñadora abeja se veía ya en aquel

encantado paraíso y se sentía embriagada con aquellos perfumes, recogiendo en los cálices de aquellas inmaculadas flores el precioso néctar que debía servirle para fabricar la miel más sabrosa y exquisita. Y esta soñada felicidad futura le hizo olvidar la tarea presente. Se quedó pensativa, inmóvil, sin acordarse del último consejo que le había dado su maestra; sin pensar, en fin, en lo que estaba haciendo.

En una de estas pausas, vino á revolotear y á posarse junto á ella una mariposa cuyas alas estaban matizadas con brillantes colores. La mariposa era, en efecto, tan hermosa, que nuestra abejita se quedó mirándola y admirándola mientras estuvo allí. Al fin la caprichosa corretona se marchó, y nuestra obrera se puso á trabajar; pero he aquí que llega otra mariposa acompañada por la primera, y una y otra empiezan á jugar de una manera tan graciosa que la abeja suspendió de nuevo su trabajo y se puso á mirarlas. Vuelta un poco en sí y avergonzada de sus distracciones, volvió á emprender de nuevo su tarea.

El día no estaba muy adelantado, y el tiempo perdido no era mucho, y la joven obrera que cree no hacerlo bien si no lo hace lentamente, vuelve á emprender su trabajo de una manera más que lenta, y esta lentitud es causa de que se vea asaltada por otras muchas distracciones. Tan pronto le llama la atención un insecto alado cuyo elegante cuerpo y finas alas examina con el mayor cuidado; tan pronto es un lagarto verde cuya fealdad la admira, ó bien son dos golondrinas chillonas á quienes ella escucha, ó bien una abispa errante que se detiene á contarle las novedades del día. Cuando

uno no sabe empaparse bien en la obra que está haciendo no tarda en ser víctima de cualquier charlatán que se presenta. La pobre abeja absorta en sus meditaciones, primero, y distraída después con todas aquellas apariciones y encuentros, añadía, de vez en cuando, algunos nuevos jugos á su provisión; pero como sea la que quiera la obra que se emprenda es preciso continuarla con cierto método y sin interrupciones tan continuas, si se quiere que salga perfecta; cuando llegó la noche, la escasa y mala cosecha que había recogido nuestra joven obrera indicaba su grandísima falta de atención y descubría su indolencia.

Así fué que cuando se acabó el día, no se atrevió á presentar lo que había recogido, y lo arrojó á lo lejos, antes de entrar en la colmena. Luego fué á esconderse en un rincón y se puso á pensar en lo mal que había empleado aquel día el tiempo.

— Sin embargo, se decía á sí misma, yo creía haber adoptado un buen método, pero ya veo que el hacer durar la obra largo tiempo no es bueno; al contrario, es menester hacerla lo más pronto posible, porque de esta manera no hay tiempo para distraerse. La experiencia de hoy me servirá para obrar mañana de distinta manera.

VI

No bien había nacido el sol cuando nuestra decidida obrera se lanzó fuera de la colmena

— Esta vez, se decía mientras iba volando, yo me daré prisa y no me detendré en nada.

Y esta vez, muy afanada, va y viene sin echar una mirada á lo que la rodea y sin fijar la atención ni examinar las flores cuyas jugos chupa : no se detiene ni siquiera un momento para descansar y tomar aliento, y parece como embriagada por el ardor del trabajo. La pobrecilla teme verse distraída si se permite un momento de descanso, y no quiere perder el tiempo inútilmente. En efecto, hoy no se la podía reconvenir por haberse entretenido en mirar tal ó cual cosa, hasta el extremo de no mirar apenas lo que hace. Así es que no tardó en recoger una gran cosecha. Cuando su receptáculo estuvo completamente lleno, se detuvo al fin, muy cansada y sofocada, pero muy ufana al mismo tiempo de haber trabajado tanto y de haber triunfado de su distracción y atardimiento.

Repuesta algún tanto y calmada su agitación, quiere probar su obra, cosa que hasta entonces no había querido hacer, y mete en su zurrón de provisiones su trompetilla.

Prueba la miel que ha elaborado y se encuentra dolorosamente sorprendida. Esa miel es tan mala ó peor que la de la víspera. ¿Si se habrá equivocado? Vuelve á empapar su trompetilla, vuelve á probar la miel y queda, al fin, convencida de que la miel que ha elaborado no vale un caracolillo.

Y, sin embargo, ¡ ella creía haberla hecho exquisita ! ¡ la había recogido con tanto ardor, con tanto gusto y

buena voluntad !... Este descubrimiento le causa una desesperación indescriptible. Su antigua maestra que pasaba por aquellas inmediaciones en ese momento, la percibe, y por su actitud adivina la pena que la aflige. Se acerca á ella y le pregunta cariñosamente la causa de esa pena, y la pobre abejita le cuenta, con el mayor dolor la tentativa hecha en ese día y lo mal que le ha salido.

— ¿ Cómo he de hacer ahora?, exclamó llena de desconsuelo. Ayer estuve trabajando lentamente, creía obrar con grande habilidad, y no hice más que tonterías : hoy me he dado más prisa, y mi obra ha salido más detestable todavía; de modo que me siento enteramente desanimada.

— No hay motivos para ello, le contestó su antigua maestra. Tu mal éxito proviene de que te falta la experiencia del trabajo. Ayer trabajaste con demasiada indolencia; hoy con demasiado apresuramiento; y he ahí en lo que consiste. Has querido corregir un defecto con otro defecto y ese no es un buen medio, porque si la lentitud perjudica para la perfección de la obra, la precipitación y la premura no la perjudican menos. La una no suministra esfuerzos suficientes; la otra los da con exceso. La primera aleja del objeto con la holgazanería, y la segunda no hace acercarse á él con un sistema opuesto, porque obliga á tener que retroceder continuamente para corregir las faltas cometidas teniendo que hacer la obra de nuevo. Es menester *apresurarse*, pero no *precipitarse*; es necesario no ser ni *indolente*, ni *aturdida*; no dormirse sobre su trabajo,

pero tampoco apresurarlo desmesuradamente. Obrando de este modo, se hace mucho, pronto y bien.

La joven obrera que había escuchado esta vez con la mayor atención á su maestra, cobró ánimo y volvió á hacer de nuevo su cosecha. Trabajó sin darse tanta prisa, y, sin embargo, no perdió inútilmente su tiempo. Obró, sí, con actividad, pero examinando con el mayor cuidado las plantas que recorría, sin distraerse á mirar á derecha ni izquierda; fué diligente sin ser aturdida, y de esta manera prosiguió su tarea con un resultado cada vez mayor y más satisfactorio.

Según y conforme iba aumentándose el tesoro de su cosecha, encontraba en su labor un interés y un encanto que, hasta entonces, le habían sido desconocidos, que la sorprendían y que le hacían cobrar ánimos nuevos. En efecto, ¡ causa un placer tan grande el hacer una cosa todo lo bien que puede ser hecha !

Más gozosa que nunca, la pobrecilla se fué á reunir con sus compañeras. Le parecía que la naturaleza entera se había revestido con un ropaje nuevo que le daba una hermosura mayor. Ella, por su parte, se sentía más ágil, más animada, y no se cansaba de manifestar su agradecimiento á su antigua maestra.

Cuando presentó su obra, no hubo más que un solo parecer, una voz general para declararla perfecta. El éxito portentoso que había obtenido en un solo día de aplicación y cuidado, fué el tema de la conversación durante la noche, en toda la colmena. Las abejas viejas, sin embargo, meneaban la cabeza, indicando con este movimiento sus temores de que aquel prodigioso resultado no fuese debido á algún capricho; pero el día

siguiente, el otro y el otro y los que después siguieron, la pequeña y joven obrera les probó que sus progresos en la fabricación de la miel y de la cera, eran reales y verdaderos.

En vista de esto, con no poco gozo de la reina y no menos satisfacción de su maestra, la joven abejita fué considerada digna de formar parte de la expedición al florido vergel de los naranjos, y desde aquel día fué tenida y reputada por una de las mejores obreras de la colmena.



MINETA

MADRE DE FAMILIA

Faltaría á la justicia si no os hablara de Mineta con el respeto que se le debe por sus buenas cualidades como madre de familia.

Esta gatita se halla hoy criando tres de sus hijuelos de los siete que dió á luz, cuyos nombres son : Micifuz, Marramaquiz y Minina, los cuales empiezan ya á decir *miau, miau, miau* que en su lengua significa : « mamá, mamá » y por los cuales muestra el mayor interés y cariño. Tan pronto como se despierta al amanecer empieza, como si se dijera, á lavarlos y á peinarlos, para lo cual los saca de debajo de su vientre, á cuyo abrigo han pasado la noche muy calentitos; les alisa el pelo con su lengua, que pasa y repasa varias veces por sus naricillas sonrosadas, por sus párpados y por detrás de sus orejas. Cuando la cocinera, que ha tomado cariño á la madre por amor de los hijos, les trae el almuerzo,

formado con miga de pan y leche, Mineta les enseña á comer con limpieza, sin ensuciarse los bigotes, ni meter las manos en el plato.

Después de haberles dado esta lección en el almuerzo, empieza á jugar con ellos de diferentes maneras, ya pegando brinquitos, ya dándoles ligeras manotadas, ó



ya echándose en tierra para que salten sobre ella, y después les enseña el gran juego : esto es, el juego de la cola; da gusto ver correr á los gatitos, saltar á uno y otro lado, alrededor de la cola que su madre les mete entre las patas y cuando van á cogerla la retira en seguida. Micifuz, que es el más travieso y atrevido, se aventura algunas veces á darle algún mordisco, y entonces Mineta con la gravedad de una mamá ofendida,

se vuelve hacia el travieso gatito, y le alarga un manotón del que aquel se libra pegando un brinco.

Os aseguro que nada es más gracioso ni más divertido que el ver á esta madre jugar con sus hijos; y se pasarían horas enteras mirándolos retozar, si la misma Mineta no pusiese fin á aquellos juegos, poniéndose de pie, enderezando su cola majestuosamente y marchándose á dar una vuelta por la casa y á hacer una visita á la cueva en compañía de Minina.

Yo quise saber lo que iban á hacer la madre y la hija á aquel sitio, y dejando á los dos hermanitos Micifuz y Marramaquiz que continuasen retozando, me fui detrás de ellas, y me puse en observación á la entrada de la cueva. Entonces vi que Mineta, encogiéndose y haciéndose la pequeñita, se metió detrás de un tonel, y colocó á su hija al otro extremo, no lejos de donde había un agujero. Ya me iba yo cansando de estar allí, cuando vi asomarse por aquel agujero la cabeza de un ratón, el cual, después de un momento de observación, volvió á meterse dentro; pero no había pasado un minuto, cuando volvió á aparecer de nuevo el ratoncillo; y esta vez, después de mirar á derecha é izquierda, de no ver nada sospechoso, ni de oír ningún ruido, se aventuró á salir enteramente de su escondite; pero el infeliz, apenas había dado una carrerita, cuando se vió cogido entre las aceradas uñas de Mineta, la cual dió entonces unos cuantos maullidos de cierto modo particular, que yo interpreté como una especie de lección ó advertencia que hacía á Minina sobre la manera de cazar los ratones.

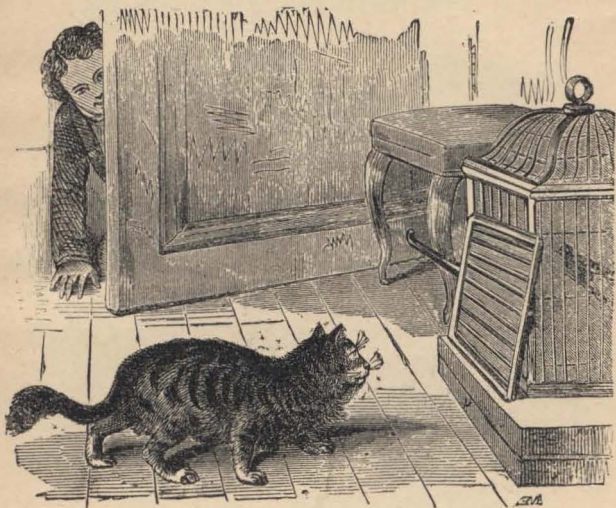
En seguida, cogiendo su presa con los dientes se fué á la cocina y puso su víctima á los pies de Mariana la

cocinera, y este homenaje le valió el que aquélla le diese unas piltrafillas, y un poquito de leche á su hija, porque se quejaba hacía días de que los ratones le invadían la dispensa, y le comían el queso, y el jamón, y todo lo que podían : « Peste por peste, murmuró entre dientes, más quiero sufrir la de los gatos. » Luego que Mineta y su hija acabaron de comer el regalito de Mariana, Mineta volvió á coger entre sus dientes al pobre ratoncillo y se lo llevó á sus dos otros hijos que empezaron á jugar con él como si fuera una pelota, soltándole, volviéndole á coger, brincando y corriendo á derecha é izquierda, hasta que al fin, la madre, después de haber dado esta lección de caza ratonera á sus hijuelos, puso fin á los tormentos de su víctima, y lo dejó en un rincón del cuarto, porque Mineta cazaba los ratones, pero no los comía, en lo cual demostraba que no obraba así sino por los intereses de la casa, y no por glotonería.

No quiero acabar de hablaros de Mineta sin contaros la acción laudable que hizo cierto día, acción que merece los honores de la inmortalidad y que nos hizo ver su grande inteligencia.

Teníamos mi hermanito y yo un pajarito que habíamos criado á la mano. Un día que lo habíamos sacado de la jaula y que estaba picoteando las miguitas de bizcocho que yo había puesto sobre una mesita; Mineta que estaba enroscada, durmiedo al parecer en un sillón, cerca de la chimenea, se avalanzó de repente sobre el pobre Bibí, lo cogió entre los dientes y echó á correr fuera del cuarto, gruñendo como hacen los gatos cuando han hecho alguna presa. Mi hermanito y yo nos precipitamos corriendo detrás de la gata que se había ido á refugiar al salón, pero muertos de pena por-

que ya no esperábamos encontrar vivo á nuestro pobre pajarito. Pero muy grande fué nuestra sorpresa cuando le vimos no sólo sano y vivo, pero ni siguiera con una pluma descompuesta, y á Mineta muy tranquila mirándole, sentadita sobre sus patas traseras. Nosotros no



podíamos adivinar por qué Mineta había obrado de esta manera hasta que al fin, descubrimos en la pieza inmediata un enorme gato negro que encontrando la puerta del cuarto en que nosotros estábamos entreabierta había asomado la cabeza.

Mineta, aunque dormida, le había visto y presentido el peligro que corría el pobre Bibí, y para preservarlo de caer entre las uñas de aquel intruso, se lo había llevado á otro sitio más seguro.

Desde este día en que Mineta dió pruebas de tan grande instinto y de agradecimiento, es el ídolo de la casa, y todos á porfía la acariciamos y le damos mil golosinas.



EL COLUMPIO

Los padres de Frank salieron un día á paseo, llevándose consigo á su hijo.

--- ¡ Oh ! qué contento estoy, papá, dijo el niño, de que vayamos por este lado, pues así veré el columpio.

Su papá había, en efecto, hecho colocar un columpio entre dos árboles gruesos del parque. Franck lo había visto desde la ventana del cuartito en que dormía; pero no se había acercado á él todavía, y tenía muchas ganas de columpiarse.

Cuando llegaron cerca, vió que había en medio de la cuerda que formaba el columpio, y sujeto á ella, un almohadoncito muy blando : una de las puntas de dicha cuerda estaba atada á una rama muy gruesa de un fresno corpulento, y la otra á la de una robusta encina que se hallaba en frente.

Alrededor de estas ramas se habían cortado todas las demás para despejar el espacio, á fin de que la cuerda no se enredase entre ellas, ni encontrase obstáculo. El asiento formado por el almohadón estaba muy cerca del suelo, á fin de que Frank pudiese llegar

á él fácilmente. El niño pidió permiso á su papá para sentarse en el columpio, y habiéndoselo concedido le dijo : « Agárrate á la cuerda con las dos manos, tenla



bien firme para que no caigas, y tu mamá y yo te columpiaremos.»

Frank se lanzó al almohadón y se sentó en él, agarrándose con sus manos á los dos lados de la cuerda.

— Ten cuidado de no soltarla, le dijo su padre,

mientras que te columpiamos, porque si la sueltas podrás caerte y hacerte daño : ahora levanta los pies para que no toquen en tierra.

— No tengas cuidado, papá, que no la soltaré; la tendré bien agarrada, respondió Frank; y su papá y su mamá comenzaron á columpiarle atrás y adelante. Á pesar de que le gustaba mucho este ejercicio, como se estaba en otoño y las tardes empezaban á refrescar demasiado, sus padres no querían estar mucho tiempo columpiándole, y su papá le dijo : — Cuando hayas contado veinte veces que te hemos lanzados atrás y adelante, será bastante por hoy, y nos retiraremos.

Frank empezó á contar entonces cada uno de los movimientos de la cuerda, y mientras los estaba contando, se desprendió una hoja de un árbol y le cayó sobre la cara, lo cual le distrajo y le hizo olvidar el número de vueltas del columpio que llevaba contadas : preocupado con la idea de recordarse si eran seis ú ocho, soltó la cuerda de la mano derecha para abotonarse y desabotonarse el puño de la mano izquierda, costumbre viciosa que había tomado cuando quería recordarse de alguna cosa que se le olvidaba.

No bien hubo soltado la cuerda, cuando, perdiendo el equilibrio, dió una voltereta en el aire, y cayó en él suelo boca abajo, aunque felizmente, sin hacerse gran daño :

— No ha sido poca fortuna, le dijo su papá, el que, al caer, no te hayas hecho mayor mal; si te hubiéramos lanzado un poco más alto, y en lugar de caer sobre el césped, hubieses caído en la tierra dura, hubieras podido hacerte mucho daño. Pero, querido mío, ¿por qué soltase la cuerda?

— Porque trataba de recordarme, respondió Frank, de si eran siete ú ocho las veces que tú y mamá me habías columpiado.

— Pero para eso no había necesidad de que soltaras la cuerda, replicó el padre.

— Es verdad, papá, pero... yo creo... que iba á desabotantar mi puño, ¡ ya quisiera yo bien no tener esa mala costumbre !

— Pues el perderla, hijo mío, no dependerá más que de ti, si quieres realmente conseguirlo, le contestó el padre.

— Yo quisiera bien poderlo hacer, dijo Frank. ¿ No es verdad que no me he hecho mucho daño, papá ? ¿ quieres que vuelva á ponerme en el columpio ? Yo creo que esta vez no soltaré la cuerda ; ya sabes que no se han completado las veinte vueltas de columpio que me habías prometido.

— No, dijo su padre, no van más que ocho, pero me temo que si vuelvo á ponerte en el columpio y empiezas á contar tú otra vez las vueltas, que te distraigas de nuevo, y que para recordarte cuántas van, vuelvas á soltar la cuerda para desabotantar el puño, y entonces caigas otra vez por tierra.

— No, papá, contestó Frank ; creo, al contrario, que el temor de caer sea lo que me haga perder esa pícara costumbre porque no me gusta el hacerme daño, y cuando empiece á contar, ya pondré más cuidado, y me acordaré de cuántas van, sin recurrir, para acordarme, á abotonar, ó desabotonar mi puño ; ¿ quieres, papá, que lo ensaye ?

Tomándole su papá cariñosamente la mano, le dijo :

— Me gusta el ver que puedas sufrir algún pequeño

daño sin quejarte, y que desees tú mismo corregirte de esa ridícula costumbre que has tomado. Vamos, salta, hijo mío.

Frank se lanzó en seguida al columpio, y su padre le colocó en el asiento.

Esta vez Frank contó las vueltas y tuvo agarrada la cuerda mientras que las contaba, y al llegar á la décimaséptima le dijo su papá: «¿Te puedes acordar de cuántas van sin necesidad de abotonarte el puño?»

— Sí, papá, le contestó el niño, van diez y siete.

— Pero desde que yo te he hablado han ido dos vueltas más; ¿cuántas irán entonces?

Al responder, Frank estuvo á punto de soltar la cuerda, pero recordando su primera caída, se agarró firme á ella, y después de haber reflexionado un momento, respondió :

— Diez y siete vueltas que iban dadas y dos más, son diez y nueve.

Su papá entonces le dió un grande impulso á la cuerda para la última vuelta, y después puso al niño en tierra, y su mamá le abrazó.

Al día siguiente su papá tenía que salir fuera, y al despedirse de su hijo, éste le preguntó si podría hacer algo útil para él durante su ausencia : — « ¿Quieres que limpie el polvo á los libros de tu gabinete, papá?, le dijo. Esto bien puedo hacerlo yo.

— Quisiera mejor, le contestó su padre, que durante mi ausencia aprendieses á recitar de memoria los versos que tú sabes sin...

— ¡ Oh ! sí, sí, papá, ya sé lo que quieres decir; y si puedo yo trataré de conseguirlo. »

Después de haberse marchado el padre, Frank rogó

á su madre que fuese con él al columpio, y que mientras que ella le columpiaba, que le permitiese, probar al recordarse de algunos versos que él había aprendido « porque ya sabes, mamá, le dijo, que mientras que esté en el columpio no puedo abrir las manos sin peligro de caerme y esto me obligará á tener gran cuidado». Pero su madre le respondió que no quería ocuparse de columpiarle, mientras que su papá estuviese ausente. Algunos momentos después, Frank replicó : « En ese caso ¿quieres hacer el favor, mamá, de cortar este botón y de coser el ojal? de esta manera no podré ni abotonar ni desabotonar la manga.»

Cuando la mamá hubo cortado el botón y cosido el ojal, Frank comenzó á recitar los versos; ensayó muchas veces el abotonar la manga; pero como no encontraba el botón, ni podía ya meter el dedo por el agujero del ojal, acabó poco á poco por perder del todo la costumbre de buscarlo.

El papá de Frank estuvo una semana entera fuera de la casa : durante este tiempo se corrigió completamente de la mala costumbre que había adquirido, de tal manera que ya podía repetir los versos consigo mismo, teniendo las manos quietas.

Rogó á su mamá que le volviese á coser el botón y abrir el ojal el día que su papá regresó de su viaje y ella tuvo á bien complacerle.

Apenas su papá estuvo de vuelta corrió hacia él diciéndole : — ¿Cómo estás, papá? ¿Quieres que te recite los versos en seguida? — Sí, hijo mío, le respondió su padre.

Frank se puso de pie en frente de él, y con los brazos caídos y las manos enteramente inmóviles, recitó los

versos sin cometer una sola falta. Su padre se manifestó sumamente contento y le dijo al criado que sacaba los efectos del coche en que había venido, que le trajese un libro que estaba metido en la bolsa de la delantera.

Este libro era una colección de grabados muy bonitos, con algunas hojas en blanco y el padre de Frank escribió en una de ellas lo siguiente :

« Este libro ha sido regalado á Frank por su papá el día de su santo en testimonio de la satisfacción que le ha causado ver que su hijo, á la edad de seis años, se ha corregido por sí mismo de una mala costumbre que había adquirido. »



ÍNDICE

HISTORIA DE UN BORRICO AFRICANO.....	7
DE DOS BARQUITOS DE PAPEL.....	29
DE UN PAPAGAYO.....	43
DE UN ROSAL.....	65
DE UNA ABEJITA.....	75
MINETA, MADRE DE FAMILIA.....	95
EL COLUMPIO.....	101



